"*Tiempo que fue* teje con maestría exquisita un hechizo de amor, guerra y física cuántica de atractivo intemporal."
- Nina Allan

TIEMPO QUE FUE

✦ ✦ ✦

IAN McDONALD

Una historia de amor cosida a través del tiempo y la guerra, moldeada por el poder de los libros, y finalmente destruida por ella. En el corazón de la Segunda Guerra Mundial, Tom y Ben se convirtieron en amantes. Reunidos por un proyecto secreto diseñado para ocultar objetivos británicos del radar alemán, los dos consolidaron un amor que no podía ser revelado. Cuando el proyecto salió mal, Tom y Ben desaparecieron en la nada, presuntamente muertos. Sus cuerpos nunca fueron encontrados.

Ian McDonald

Tiempo que fue

Título original: *Time Was*
Ian Mcdonald, 2023
Traducción: Cristina Macía, 2023

-

Revisión: 1.0

23/02/2024

Nos besamos y el mar se prende fuego.

Spitalfields

Llegaron como buitres, indecisos, tentativos, atraídos por las feromonas de los libros moribundos. A muchos los conocía; no somos tantos los que nos dedicamos a la compraventa. Lionel el Alto, siempre de traje negro con el culo y los codos brillantes de puro desgastados, que examinaba las cajas de plástico como una garza pescando: inmóvil por completo hasta que se lanzaba con velocidad y precisión sobre un volumen encuadernado en tela. Louisa y sus Loubotin, mascarilla para protegerse del polvo, eternos zapatos de tacón con las características suelas rojas, se cimbreaba junto al contenedor y daba la vuelta a los tomos maltratados con un palo que tenía una pinza en la punta. Terry Prentice-Hall. Creía que había muerto hace ya años. Juraría que fui a su funeral. Aún en busca de las míticas primeras ediciones de Harry Potter. Otras caras que solo conozco por referencias. Nancy y Pulga, los Parásitos de Enfield. Q. R. Rice, de Oxford, con esos guantes de algodón para manejar manuscritos que no dejaban lugar a duda de que Spitalfields era insufrible para cualquier persona con cierto refinamiento. A otros no los conocía ni de cara ni por habladurías: una mujer y un hombre de veintitantos que tiraban volúmenes académicos a una carretilla.

—Son de las ONG —resolló Lionel el Alto. Para ser tan grande, se movía con sigilo. No lo había oído llegar a mi lado—. Los mandan a África, a India, a cualquier sitio de mierda de esos. Hostia puta, si es Niall Rudd. Se ha chupado tres años en Ford. Sus falsificaciones son una mierda.

Algunos no eran ni de la compraventa. Vi a Martin Parr, el fotógrafo; al bloguero de Spitalfields con su gato; a Dan Cruickshank, presentador de televisión e historiador de la

arquitectura. The Golden Page abrió por primera vez en 1933: ha sido una institución de Spitalfields durante mucho tiempo.

He bebido el legendario café vietnamita y he tomado el caldo de verduras en los destartalados sofás. He asistido a lecturas de poesía cuando no podía pagar la luz en casa, he aguantado a cincuenta variantes de politólogos rojos y he insultado a Blair por su guerra. Me he arrimado todo lo posible a la estufa de gas en anocheceres de febrero y me he colocado de monóxido de carbono. Me he arrastrado con resacas de domingo para examinar el contenido de pisos vaciados en cuanto lo sacaban de las furgonetas: derecho de opción sobre cualquier cosa que oliera a guerra. La Segunda Guerra Mundial era mi especialidad. Hay que especializarse. Existen demasiados libros en el mundo. La especialidad de Lionel el Alto es la ciencia ficción en ediciones de bolsillo antiguas, a ser posible con portadas de Chris Foss. Louisa y sus Loubotin trabaja la novela policiaca, cuanto más popular, mejor. Yo, la guerra, en tapa dura. Siempre habrá mercado para la guerra.

Y The Golden Page había muerto. Todo lo que Richie no había podido vender ni de saldo estaba en cajas de plástico, sobre tableros montados en caballetes o en un contenedor de hierro de Folgate Street, bajo un cielo de noviembre que amenazaba lluvia. Liberty siempre había sido un espacio de transición, una zona entre la City y la ciudad, una trinchera donde refugiarse, un racimo de diferencias, con la presión de ambos lados. Judíos y hugonotes. Las torres de las finanzas y el barrio bangladesí. Al final ganó la gentrificación. Richie no pudo resistirse a la oferta que le hicieron por el edificio. A la mierda el café vietnamita. Un capuchino en Umbría para Richard Frowse.

Cuando nos saturamos, cuando ya no pudimos con más libros, Lionel el Alto propuso ir al Hawksmoor para brindar por el viejo local, pero mis colegas, su codicia y falta de miras, el tiempo y la llovizna que empezaba a disolver las portadas de los libros viejos en el contenedor cada vez más lleno, me habían bajado la moral. Quería alejarme de aquellos fósiles repulsivos. Yo era de una generación diferente, pero lo entendí aquel primer día que percibí otra mirada codiciosa en los libros viejos apilados en una tienda de segunda mano de Clapham Street: iban a ser mis compañeros, mi congregación, mis colegas, durante toda mi vida profesional. Vasos

de *whisky* templado durante las noches frías, quejas y refunfuños sobre los costes de envío, las condiciones de venta en eBay y los crecientes tiempos de transacción de PayPal.

Me disculpé. Tenía que hacer las fichas de los libros, investigar títulos, llevar envíos a correos. Y también, ahí, la posibilidad de la sorpresa. Había detectado con los dedos helados una discontinuidad entre las hojas encuadernadas de una de mis adquisiciones, un libro de poesía sin nada de particular y para mí desconocido. *Tiempo que fue*, de E. L. Las iniciales anónimas bastaban para despertarme la curiosidad, y también ayudó la fecha: Ipswich, mayo de 1937. No se mencionaba editorial. Buen papel, encuadernación cosida a mano, cintas de cabezada íntegras, tela de calidad. Bajorrelieve en pan de oro de un reloj de arena a medio vaciarse. Gratis, de un contenedor, ya valía la pena llevárselo, pero es que, además, había palpado algo más raro y valioso: una inclusión. Un marcapáginas, tal vez de una librería europea desaparecida hace ya mucho, especializada en libros en inglés. O quizá de aún más lejos. Estambul. El Cairo. Tal vez una muestra de bordado como punto de lectura. Una postal. Una carta de amor. Flores secas; un ramillete, una rosa cortada la noche antes de la batalla. Fotografías; las mejores, con amor, con firmas, con despedidas. Lo que yo llamo «procedencias». Si tenían relación con el libro —la historia de una campaña, una biografía militar, menciones a una novela de aventuras o policiaca popular en la carta—, las vendía. Eran valor añadido. Las huérfanas, las abandonadas, me las quedaba.

The Tube estaba abarrotado y maloliente. Solté el libro para que se abriera por donde marcaba la inserción. El olor a papel viejo y encuadernación húmeda borraron el de la comida rápida y la electricidad.

Una carta. Una sola hoja que conservaba los pliegues del sobre pese a los años entre las páginas. Me temblaba la mano al leerla.

Querido Ben:
Me quedé mirando las luces de Western Harbour hasta que se fundieron con el horizonte negro. Le pedí al taxista que me llevara por Al Max hasta que dejé de verlas. Nunca imaginé que se te iban a llevar así, en un barco

militar. Me imagino que Su Majestad necesita al chico de oro más que yo. Tendríamos que haber aprovechado más el tiempo. Nunca lo aprovechamos suficiente. El amor nos hace perezosos. Pero es que el amor es pereza, es regalar tu tiempo al otro para que lo derroche o para que lo invierta. Recuerdo tus brazos, recuerdo esa ginebra horrorosa, recuerdo el perfume de tu pelo. La piel te huele como la miel. Esos momentos tan valiosos, esas habitaciones inolvidables en el Osborne House o el Heliopolis Club. El reverendo Anson sospecha, claro.

Ya están izando los globos cautivos a lo largo de la Corniche. No sopla ni una brisa, y en el silencio casi me parece oír los disparos en el frente. Dios sabe qué estará pasando allí ahora mismo. Me recuerda a Rusia, cuando no podíamos hacer otra cosa que ver arder el mundo.

Mi vuelo sale dentro de tres noches. Ya me imagino lo que me dirías: Alejandría es la ciudad de placer más antigua que existe. Anímate, alégrate, bebe más ginebra de esa horrible, emborráchate como una cuba. En esta ciudad no hay nada para mí. En comparación contigo, los placeres que ofrece son indeseables. Tengo que estar donde estés tú, donde quiera que estés tú. Es irónico que me vaya a marchar antes que tú y aun así vaya a llegar antes.

Mucho me temo que el siguiente traslado está próximo. Acabas por percibirlo, como cuando hueles que se acerca una tormenta. Aborrezco la sola idea de estar lejos de ti.

Si nos vemos separados, dejaré un ejemplar aquí, en el lugar acostumbrado.

Tiempo que fue, tiempo que volverá a ser.

Tom

Shingle Street

He vivido veinte años en esta calle de piedras. La he visto en todas las estaciones, en todos los elementos, en sus múltiples temperamentos.

La conozco cuando sopla el viento del este, cuando el cielo es negro como un juicio y el vendaval le arranca la piel a la tierra, el mar embiste contra las rocas y el sonido de los guijarros que ruedan se convierte en un trueno que se escucha desde *Ferry* Road.

La conozco en la nieve, en esos escasos días de gris difuso en que las aves se enfrentan al látigo blanco de los copos finos que vienen del Báltico, cuando cada guijarro tiene un aura de nieve encerrada en hielo. ¿Cuántas piedras hay entre Bawdsey y Orford Ness? Alguien las habrá contado. Yo no.

La conozco mientras llueve, cuando se transforma en un río negro ondulante, reluciente como un perro en el agua, y los botes, las redes, las casas y las casetas, hasta la torre Martello, todo parece encogerse para evitarla, buscando refugio en un terreno que no lo ofrece.

La conozco en lo mejor del verano, cuando el cielo echa el ancla en el mar y el mundo entero queda entre ellos, agotado; cuando nada se mueve, nada respira, cuando el cielo es pesado como la marea y el mar parece elevarse libre de la mera geografía. En esos días, Shingle Street es una hoja ancha de hierro forjado y, por las noches, las gaviotas se dejan llevar por un viento que solo ellas perciben.

Esté como esté, saco la moto y recorro el camino de piedras pulidas por el mar.

Requiere cierta habilidad, un arte. La habilidad consiste en montar en una Ariel Red Hunter de 1938 a toda velocidad por un

camino de guijarros traicioneros que pueden moverse y tirarte en cualquier momento. El arte consiste en leer las piedras: qué hay constante, qué ha cambiado, qué se ha movido hacia dónde y con qué. Es un paisaje dibujado por las mareas; cada pleamar ha hecho subir y bajar los guijarros; cada avance y retirada los hace avanzar costa arriba. El camino nunca es el mismo.

Suelo montar en moto por donde terminan los guijarros y las aguas dulces del Orford y la sal del mar del Norte se encuentran y forman torbellinos y remolinos de plata. Pero hoy siento la presión de la guerra como si fuera un frente meteorológico. Las estelas de condensación rasgan el cielo: las líneas rectas de los bombarderos, los círculos y espirales de los cazas que rizan el rizo a su alrededor. Felixstowe ha sufrido ataques tres noches seguidas. La Luftwaffe se ha centrado en Ipswich. El cielo y el mar parecen contaminados, sucios, impuros. Dejo la moto junto a la torre Martello y camino por la playa hacia el pueblo abandonado.

Miro por la ventana de una casa desierta. A sus habitantes los echaron a toda prisa. Quedan los objetos olvidados: cubiertos en la cocina; en la panera, una hogaza que ahora es un cubo de moho azulado; carbón y periódicos bajo las escaleras; un calendario en la pared, anclado para siempre en el 15 de mayo de 1940. Siento un escalofrío, con la sensación de que he atentado contra la dignidad de la casa, de que los que vivieron aquí, donde quiera que estén, han percibido mi intrusión y han fruncido el ceño.

Las estelas de condensación en el cielo, el parpadeo nocturno del fuego antiaéreo, los rumores de barcos que se concentran en la costa de Holanda, los dragaminas de la Kriegsmarine que estudian las defensas del canal de la Mancha. Es la costa de la invasión.

Me gusta más desierta. Vacía. Cuando vine aquí de niño, cuando conocí a E. L. y aprendí de él, vi sus rostros de desaprobación contra estas mismas ventanas. Quién se atrevía a estar en sus tierras, en sus vistas, en su horizonte. Gente desconfiada, posesiva. Gente de los Sandings. Un paisaje de resentimientos grises y rencores arraigados. Ya no están. Se marcharon. A la mierda. Ahora esto es mío.

A E. L. le habría gustado.

Llevo su libro conmigo. Rara vez lo pierdo de vista. Cabe perfectamente en el bolsillo del uniforme, como hecho a medida. Con la solapa del bolsillo abotonada, reposa contra mi pecho. Hoy, ni su proximidad me hace sentir mejor. La guerra está por todas partes; me siento inquieto, incómodo, con la cabeza cargada, como solía pasarme siempre antes de una tormenta.

No hay imágenes, nada que llevarme y tratar de plasmar en una página. El mar y la piedra ya me lo han dicho todo. Devuelvo la vida al motor con el pedal y regreso en la creciente oscuridad del ocaso. La luz del faro opaco es un haz tenue delante de mí.

La guerra no es motivo para cambiar los hábitos de bebida. He frecuentado el Swan de Alderton desde que tenía catorce años y vendía mecheros de puerta en puerta por los Sandings. «Frecuentar» es una palabra de viejo, de alguien con los pulgares en el chaleco y el culo cerca de la chimenea. Conozco la cerveza; conozco al dueño; conozco las estaciones y los temperamentos. En los viejos tiempos podía sentarme en silencio en el banco de la ventana, dentro en invierno, afuera en el largo verano, para erosionar las palabras, para fruncir el ceño ante esquemas rítmicos y asonancias. A veces, leo. A veces, me limito a disfrutar del sol, como un viejo. Aquí vienen las chicas de la división de receptores para consternación de Rydal, el dueño, que cree que la presencia de mujeres en su *pub* anuncia el juicio final, y para la de los soldados rasos y los hombres de la división de investigaciones, que las consideran demasiado estridentes y groseras.

—¡Hola, Tom de las Rimas! —me saludan.

Oigo las mayúsculas. Sonrío y devuelvo el saludo. Sé que se burlan de mí, que algunas me desprecian por mis imaginarias pretensiones. Hasta los de comunicaciones me consideran raro. Acepto las burlas, los comentarios en voz baja. Es un señuelo, un pato de madera en un pantano. Es declararse culpable de una acusación menor para esquivar la importante.

Las chicas del radar suben por el camino bien vestidas y maquilladas, con el peinado alto y la raya de las medias pintada, entre charlas y risas. Admiro su ruidosa seguridad desde mi banco estival, con una pinta caldeada por el sol en la mano. La guerra les

ha dado identidad; las ha salvado del matrimonio, del servicio doméstico, de los trabajos duros y peor remunerados. Me ven desde lejos y me saludan.

—¿En qué estás trabajando? —me pregunta siempre Lizzie.

Alzo la libreta.

—Guerra, tiempo y memoria —digo.

Sonríe. El arte pretendido no la incómoda. Me reconoce. Lo sé. Estas cosas se notan. El señuelo no la distrae.

—¡Una pinta para Tom de las Rimas! —pide Lizzie a Rydal.

Cogidas del brazo de tres en tres, las trazadoras de radar se van a la parte trasera del *pub*, de donde han echado a los clientes viejos y que han marcado con la bandera de la División de Receptores de Radar de Bawdsey hasta el fin de los tiempos o el de la guerra, amén.

Y siempre hay una pinta para el poeta.

Oigo llegar a Charlie Nair a cinco sembrados de distancia. Creo que hasta los dragaminas de la Kriegsmarine lo oyen desde el mar.

—Tienes que tensar la cadena —le digo—. Cualquier día se te va a romper y te vas a quedar sin pierna. Te lo arreglo si quieres.

No me costaría ni diez minutos, pero Charlie no me lo permitirá. Dice que no sé de Nortons. Sé de Nortons y sé de Charlie, y no va a permitir que se la arregle. Sería humillante para él.

Se detiene entre humo y estrépito y se sube las gafas protectoras. He de reconocer que monta muy bien en esa maltratada Norton.

—¿Quién invita hoy? —pregunta siempre.

Yo no lo he hecho nunca y nunca lo haré. Claro que sé de Nortons. Deja la moto contra el seto y se deja caer sentado en el banco. Pongo a salvo la pinta por los pelos. Ya se oyen los motores del grueso del grupo de bebedores y veo los techos verdes de los coches por encima del seto. Hay dos vehículos más que de costumbre.

—Les estamos enseñando a los nuevos cómo va esto —anuncia Charlie.

El grupo de bebedores llega en medio de una nube de polvo blanco.

Lo recuerdo. Yo mismo llevé los despachos. Una nueva división de investigaciones se iba a trasladar a la Lechería. Ha habido muchos rumores sobre proyectos secretos, sobre nuevas maneras de

percibir, de ver cosas lejanas, cosas ocultas.

Se abrieron las puertas de los coches. Las botas nuevas pisaron la gravilla. Los científicos no parecían cómodos de uniforme. Excepto uno. Ay, uno. Uno que había plantado las botas con firmeza. Uno que llevaba el uniforme como la piel, como el cielo, que se alzó alto y seguro, que se llevó la mano a los ojos para hacer visera y examinar el lugar al que lo habían traído y, por tanto, no me vio mirarlo. Mirarlo como si no hubiera nadie más en el mundo, mirarlo como una chica del radar al único punto luminoso en mi pantalla, al otro lado del mundo, devolviendo el eco de mi mirada. Hasta que bajó la mano y no aparté la mirada tan deprisa como habría debido, y nuestros ojos se encontraron. Lo supimos. Nos comunicamos en la distancia. Luego, la camaradería cervecera lo arrastró hacia la puerta, al Rincón de los Cerebritos, como lo llamábamos, y yo me quedé sentado en el banco, con la cerveza, al sol alargado del atardecer, y todas mis notas, todas mis palabras, rimas y ritmos, todas mis imágenes y mis ideas, todo lo que tenía en el corazón, dejó de importar.

Clapham

Me pasé la parada. Me pasé la siguiente.

La carta daba suficientes datos para ponerle una fecha aproximada. La referencia al Osborne House y al Heliopolis Club me llevaban de inmediato a El Cairo. Al Max y el Western Harbour apuntaban a Alejandría. La mención sobre los disparos indicaba como fecha la de la primera o la segunda batalla de El Alamein. El frente estaba a tan solo ochenta kilómetros al oeste de Alejandría —la famosa «línea en la arena» de Montgomery—, y en una buena noche, al otro lado de las aguas del lago Mariout, que tenían fama de recoger los sonidos hasta que una conversación lejana sonaba tan próxima como un susurro, sería posible escuchar la artillería. Era improbable que se enviara a ningún soldado de vuelta a casa en el peor momento del Egipto británico, así que probablemente se tratara de la segunda batalla de El Alamein, en octubre. Tenía el lugar y tenía la fecha. Con cinco minutos en internet me bastaría para conseguir la distribución de unidades en Egipto en 1942. Volví a mirar la carta. «Su Majestad necesita al chico de oro más que yo». Ben estaba en los servicios de inteligencia. Iba a ser muy entretenido.

Solo entonces me di cuenta de que, distraído, me había pasado las paradas, y conseguí salir al andén cuando ya se cerraban las puertas.

Una carta de amor. Toda guerra supone una revolución sexual profunda. Las convenciones sociales se alteran; las normas acaban patas arriba. En un ejemplar de *Defeat into Victory*, de Bill Slim, entre las guardas, encontré una foto de una pareja vestida de caqui ante el Taj Mahal; la breve anotación en la parte de atrás apuntaba a un amor que saltaba fronteras de clase, religión y patria. Entre las

páginas del número de septiembre de 1942 de la revista *Film Fun* encontré una fantasía sexual gloriosamente desinhibida de una chica de Lancashire, una de las voluntarias para los trabajos agrícolas, con un tripulante de un bombardero. Y ahora, en un tomo de un volumen de poesía de una editorial independiente, Tom y Ben. Prosa sólida, sin romanticismo, seca. Veinte líneas. Pero habían bastado para hacerme ver su mundo: otro amor que había florecido gracias a la emocionante otredad de la Alejandría en guerra. Las calles y los zocos se abrían a universos de posibilidades.

El Costa todavía estaba abierto. Fui a mi mesa habitual, la más cercana al rúter de *wifi*. Hice fotos del libro y de la carta y las preparé para mi web, para AbeBooks y para eBay. Los ritmos de la fiesta en alguna casa se colaban hasta la calle. En medio de los bajos y la percusión, vi los globos cautivos sobre la Corniche, a dos hombres que brindaban con vasos de Martini en la barra del Cap D'Or y arrugaban la nariz ante la calidad de la ginebra. Los vi besarse en un callejón oscuro, bajo un toldo. Imaginé los Hurricanes que pasaban sobre ellos con un rugido. Dejé la carta y pulsé el botón de «Publicar». ¿Qué habría pasado con Tom y Ben? Muchos amores de guerra que había conocido, demasiados, no sobrevivieron. La paz acabó con ellos. Los protagonistas regresaron a sus antiguas vidas, a sus antiguos amores; el viejo orden no tardó en imponerse de nuevo. Ese mismo orden por el que habían luchado.

Una primera búsqueda no dio ningún resultado, pero tampoco lo había esperado. El de fotorreconocimiento era un departamento secreto y, por muy romántica que me pareciera la idea de Ben volando sobre el desierto en un bombardero ligero Blenheim, era mucho más probable que estuviera como intérprete. O tal vez en un puesto más intrigante; la inteligencia abarcaba disciplinas más esotéricas y sugerentes, todas condimentadas con el sabor de lo clandestino, y por eso mismo me resultaban irresistibles.

El libro de poesía se vendió antes de que me terminara el primer café, y a un precio muy aceptable. Resistí allí hasta que Michaela formó a mi alrededor una barricada de sillas invertidas sobre las mesas, y solo entonces volví de mala gana al piso. La policía llegó justo cuando me marchaba; dos coches patrulla para poner fin a la ruidosa fiesta.

He dicho el piso. Dos habitaciones con cocina y baño compartidos en Littlebury Street. Una habitación llena hasta el techo de libros; la otra, en vías, lo que me arrinconaba junto a la ventana. Dormía entre las lápidas de guerras pasadas. *Mea culpa, mea maxima culpa*: había roto la antigua regla de no consumir aquello con lo que traficas. Detestaba mis habitaciones y pasaba allí tan poco tiempo como me era posible. Rona, la casera, quería que me marchara. En mi lugar podía alojar a seis trabajadores somalíes. Pero la pereza le impedía poner empeño. Según ella, le preocupaba mi salud y seguridad, porque en cualquier momento se iban a derrumbar las pilas de libros y me quedaría enterrado. Yo sabía que lo que le preocupaba era que el peso de los libros estaba combando las vigas del techo. Me subía el alquiler religiosamente; yo ahorraba, compraba, vendía y pagaba. No soportaba la idea de tener que bajar varios miles de libros por cuatro tramos de escaleras. Ella no soportaba la idea de tener que ayudarme.

Me he quedado anclado en mis vicios tradicionales. Trabajo y leo hasta la madrugada; duermo mucho y me levanto tarde. La compraventa de libros se hace mejor desde la cama. A las tres, las cuatro de la mañana, la zona de Clapham tiene una cualidad antigua, salvaje, bella. Parece como si el viento soplara procedente de una dirección que no aparece en la brújula, y trae música nueva, fresca, imbuida de un esplendor solitario, que nunca oigo a la luz metálica, monocorde.

Estuve trabajando hasta el amanecer, sumergido en historias de los regimientos y en los matices más obsesivos de la historia militar. Qué misterio erais, Tom y Ben. Las pistas se disolvían en el aire. Las líneas de investigación se detenían ante muros, como una ciudad perdida entre las dunas. Por último, cuando el amanecer empezó a teñir el cielo y el estrépito de los trenes tapó las músicas nocturnas, publiqué todo el tema en Facebook, en una docena de grupos de bibliófilos e historiadores bélicos, y me metí en la cama.

Me desperté con la cara a pleno, doloroso sol, con Rona diciéndome que había venido el electricista a revisar la instalación y con el ping de una respuesta en las notificaciones. En la página de Facebook de las Ratas del Desierto de East Anglia, alguien había reconocido a Tom y a Ben.

Thorn Hildreth. Un nombre lleno de sabor, un nombre que invitaba a la especulación, sobre todo en West Pinchbeck. «Incesto y bailes en fila», había dicho Lionel el Alto para describir los páramos de Lincolnshire, antes de añadir «deportes del motor». Y, más adelante, «Brexit».

Fuera quien fuera la tal Thorn, su bisabuelo le había legado un desván lleno de recuerdos de la guerra: los diarios del reverendo Anson Hildreth, capellán en Egipto durante los años 40. Su comentario brilló con luz propia en medio de la sarta de «conmovedor», «no puedo parar de llorar» y «qué bonito» con emoticonos de corazones que colgaba de mi publicación de la carta de Tom a Ben. Thorn conocía aquellos nombres. Recordaba un párrafo, una fotografía. Que si me gustaría ir a ver los documentos relevantes en el archivo.

Que si me gustaría, no que si quería.

Siempre me he dejado atrapar por un giro encantador del lenguaje.

Fenland

Thorn me fue a recoger a la estación de Spalding en un Volvo familiar destartalado que olía a humedad, a perro y a pachulí rancio. Había musgo en las ranuras de las ventanillas. La carretera en movimiento se veía por un agujero en el suelo del habitáculo. Por su perfil en Facebook ya sabía que era más o menos de mi edad, aunque tenía *piercings* y tatuajes que me resultaban ajenos hasta lo alarmante. Era más baja de lo que me imaginaba, fornida, con vaqueros ceñidos, una camiseta que decía «Leona de Fenland» y una chupa de motorista. El pachulí no conseguía ocultar el olor asilvestrado de alguien que pasaba mucho tiempo entre animales.

—Thorn. Como la trigésima letra del alfabeto islandés —comenté.

No mordió el anzuelo de mi intento de conversación.

—Ese es el molino Moulton —dijo al tiempo que señalaba con un ademán más allá de los prados, hacia una torre de ladrillo coronada de blanco. En invierno, las lonas de las aspas estaban recogidas.

—El molino de viento más alto de Gran Bretaña —dije.

—Aún operativo —dijo Thorn—. El más alto es…

—El de Bixley. Pese a que solo se conservan siete de los once pisos.

Me miró de reojo. Había aprobado el examen de sabelotodo.

Thorn me fue señalando cada molino, tocón, poste y torre que nos encontramos en Doverhirne Drain en dirección a West Pinchbeck. Había albergado la esperanza de que me permitiera estudiar los documentos en su casa, pero se me quitaron las ganas tras oler el coche. Vi con alarma que pasábamos de largo los pueblos diminutos cercanos a los pantanos para adentrarnos en

llanuras austeras, y luego, con alivio, que nos deteníamos en el aparcamiento del New Bridge Inn, junto a una estación de servicio. Sacó del maletero del coche dos cajas de plástico pesadas y fuimos a un reservado. Las alfombras olían a bolsa de aspiradora sin vaciar desde hacía demasiado tiempo. La mujer de la barra era polaca y conocía a Thorn, y nos sirvió unas jarras de IPA aceptable. Thorn puso el material sobre la mesa.

Fotografías, cartas, diarios y libretas.

—El bisgrís estuvo en el departamento de capellanes del ejército —explicó.

—¿El bisgrís?

—El bisabuelo.

—¿Es así como se dice en esta zona?

—Así se dice en mi familia.

Los niños que se crían en esta zona son extraños. Los Hildreth se remontaban al siglo XIV en Berkshire, pero echaron raíces en las tierras pantanosas del recodo del Wash en el siglo XVII. Eligieron nombres anglosajones austeros, elementales. Leland, hijo del reverendo Anson y abuelo de Thorn, fue contra el anglicanismo tranquilo de su padre y se unió a Raymond Buckland en Nottingham a principios de los sesenta para explorar el paganismo anglosajón. Cuando Buckland se marchó a Estados Unidos, Leland Hildreth adoptó los principios de la wicca de tradición sajona y les dio más solera insertándolos en la cultura fenlandesa, antigua y oscura. El paganismo Hilderwic atrajo a unos cuantos curiosos y la atención de la prensa local, pero no contaba con suficientes devotos como para sostenerse y los periódicos perdieron interés cuando vieron que nadie se desnudaba. El Hilderwic se derrumbó en medio de adulterios y maledicencias. En cuestión de denominacionalismo, los paganos son peores que los protestantes. Toland, el padre de Thorn, se trasladó a Peterborough, donde consiguió empleo en un taller de reparación de motos. Thorn no soportaba a la novia de Toland, que la había separado de su madre, y volvió a vivir en la rectoría de Hildreth, en West Pinchbeck, para cuidar del viejo Leland, cuatro perros, tres gatos, un poni, un burro, un desván abarrotado con los archivos militares del reverendo Anson y todo el pensamiento teológico del paganismo Hilderwic.

—El bis gris siempre se sintió culpable por no haber combatido

en la Primera Guerra Mundial —comentó Thorn ya con la segunda jarra de cerveza—. Se alistó en cuanto se declaró la guerra. Mi abuelo no se lo perdonó. El *bisgrís* lo abandonó. La abuela Hild y el abuelo Adrid dejaron que mi *bisgrisa* Maudie se encargara de todo en la parroquia. Tenía que ir en bicicleta a hacer la ronda y a ver a la gente. Sobrevivieron gracias a la comida que les mandaban de De Eresby, mientras él se iba pavoneando por El Cairo y Alejandría con un casco y un bastón. En 1943, se rompió un tobillo en un accidente de coche y no se le curó bien. Tuvo que volver y solo podía caminar con bastón, y se empeñaba en que lo trataran como si fuera un héroe de guerra. Ni una sola vez le dio las gracias a la *bisgrisa* por todo lo que había hecho. Para algunos, la guerra fue de puta madre. A veces creo que Leland creó todo lo del Hilderwic solo para cabrear al *bisgrís*.

—Pero conservó el archivo.

—Porque librarse de él costaba demasiado trabajo. Al abuelo no se le daba bien lo de trabajar. Alguien tendrá que hacer las cosas.

Llegaron dos pintas más. Thorn, menuda y briosa, abrió los diarios. Eran preciosos, fragantes, encuadernados en un cuero tan suave como la piel de un bebé.

—Este es de marzo de 1941. Acababan de transferir al *bisgrís* a El Cairo, destinado al Noveno Batallón Antiaéreo Pesado.

—Los londonderries.

Bebió un sorbo de cerveza, que le dejó un bigote de espuma encantador en el labio superior. Me entraron unas ganas locas de limpiárselo.

—Aquí habla de cómo entró en el Heliopolis Club.

Como cronista, el reverendo Anson era buen predicador. El bibliófilo aprende a mantener a raya la sensibilidad contemporánea cuando lee libros antiguos, sobre todo si son relatos personales o privados, pero, aun así, la indignación del reverendo ante los cairotas me resultó paternalista y cansina. Sus sermones debían de ser espantosos. La anotación concluía con un descarado regodeo por la unanimidad del voto que le dio acceso al club deportivo de élite en la ciudad durante la guerra. «¡Mañana, tenis! Le diré al ordenanza que me planche la ropa de deporte. ¡Bien por el reverendo Hildreth!».

—Para ser un religioso, era un esnob.

—Era un mierda con sotana —respondió Thorn con rencor—. Y cosas aún peores, ya lo verá. Creo que esto es lo que estaba buscando.

Me pasó otra libreta de piel suave, parda. La caligrafía era menuda, cursiva, rápida, de la mano de un hombre que escribía mucho, pero clara y legible.

25 de mayo, 1941

Hay que hacer algo con los greens*. Los chicos los riegan a mano por las noches, pero el único resultado son arcos de verdor que delatan el alcance de las regaderas, mientras que el resto son matas de hierba seca o tierra. Así es imposible tener un buen* lie*. En estas condiciones abominables, aventurar un* putt *se parece más al golf de feria que a este deporte noble y antiguo.*

Anoche volví a pernoctar en el club. Los italianos han reanudado los ataques tras la tormenta de hace dos noches. En esta ocasión no somos el objetivo, aunque los espaguetis no tienen escrúpulos y sueltan la carga antes si les parece que es difícil llegar a su objetivo. Otra vez la zona del canal, soltando minas. Hicimos lo acostumbrado: apagarlo todo y retirarnos al bar, donde bajaron las luces, como pasa siempre que hay ataques, para beber a la luz de las velas. Una velada grata hasta que entraron en juego las baterías de Zamalek y Cotoan tuvo que preguntarme: «¿Son tus muchachos?». Sabe tan bien como yo que los irlandeses están asignados en el distrito de Sidi Bishr. No pierde ocasión de burlarse cuando ve que no estoy con mi unidad, aunque me he tomado la molestia de explicarle que los ministros de Cristo tenemos una misión peripatética. No me agrada Cotoan. Es dado a la crítica y reacio a la alabanza. Siempre ve el gusano en la rosa. El cínico habitual. Me llevé la bebida al campo de críquet. Carmichael y Peters me siguieron y nos sentamos a

disfrutar del templado aire nocturno y contemplar el fuego antiaéreo y las luces de los focos que iluminaban el cielo. El Cairo es un agujero humeante y polvoriento, pero cuando se apagan las luces se contagia de la magnificencia estrellada de los cielos de Abu Simbel. Mi esperanza era que la tormenta descargara una generosa cantidad de lluvia sobre nuestros pobres greens *dolientes, pero era de esos extraños fenómenos egipcios, todo nubes y vientos ardientes, luces y relámpagos, sin una gota de agua.*

Tom hizo su llegada a eso de la medianoche en una Enfield. Dios sabe cómo la había conseguido, y cómo había podido conducir por las calles oscuras de El Cairo. Llevaba un acompañante, un joven cetrino de pelo negro y uniforme que me pareció descuidado. Su insignia, un fénix y el lema «Vigilante», no me resultó familiar. Coman me dijo más tarde que era de fotorreconocimiento. Eso explicaba el aspecto desaliñado. Tom se quitó los guantes, los sacudió para limpiarlos de polvo y pidió a gritos un gin-tonic. *Su compañero dijo llamarse Ben Seligman. No llevaba equipaje, solo un libro de esos bohemios y pretenciosos, no sé qué del tiempo.*

—Ben ha llegado de Malta —declaró Tom al tiempo que le echaba el brazo a los hombros al muchacho—. Esta misma noche. Es mi mejor amigo. No lo veía hace Dios sabe cuánto… Perdone, padre.

Nunca he visto a nadie tan contento como Tom con su viejo amigo. Invitó a todos a champán. El cuerpo de ingenieros está bien pagado, mejor que el de capellanes, sin duda, pero no tanto como para regalar champán en un exceso faraónico. Como Ben y él iban a bajar al delta muy pronto, propuso una excursión a las pirámides, a lo que accedimos caldeados por el champán, aunque no soporto las agresiones de los vendedores ambulantes. Se retiraron pronto, ya que Tom había reservado habitaciones. La artillería antiaérea volvió a disparar. Los espaguetis

estaban volviendo del canal.

—Lector —comentó Carmichael con desdén al tiempo que vaciaba la pipa con unos golpecitos contra la pata de la silla plegable; unas cuantas chispas rojas cayeron al suelo. Era un deportista entusiasta, y hasta yo bordeaba lo intelectual para él—. Poesía.

—Un hijo de Sem —apuntó Peters.

—Espero que Tom no vaya a proponer su ingreso en el club —dije.

—Según Tom, se van a Alejandría.

—Bien —asentí—. No me gustaría tener que votar en contra.

Los focos volvieron a cobrar vida y, por un momento, vimos la silueta de un Sparviero atrapado en las luces cruzadas. Luego, las armas hablaron de nuevo y la noche se llenó de explosiones. Cuando acordamos que era hora de pedir la última copa ya había sonado la señal indicando que todo estaba despejado.

—Vendí un ejemplar de un libro de poesía que se titulaba *Tiempo que fue* —dije. En el tiempo que había pasado en el calor polvoriento del Cairo en guerra, Lincolnshire se había vuelto oscuro y frío. La condensación empañaba la ventana del reservado y rompía la luz que llegaba del aparcamiento en grandes perlas de colores—. La carta iba dentro. Ben debió de dárselo a Tom en Alejandría.

—Mire.

Thorn me pasó una foto. Un grupo de seis soldados posaba ante la esfinge. Vestían pantalones cortos, camisas de cuello abierto y calcetines hasta el tobillo. Parecían alegres, con la energía frágil e inconsciente de los jóvenes en tiempos de guerra; todos menos uno, en una esquina, a un paso de los demás como para dejar clara una diferencia social importante. Rostro sobrio, pantalones largos planchados con raya, cuello blanco de clérigo en la camisa.

En el otro extremo, un hombre sonriente con gafas oscuras apoyado en el hombro de su compañero. Tenía la piel blanca, ajena

a Ra.

—Ese debe de ser Ben —dije—. ¿Seligman? —Y el hombre sobre el que se apoyaba—: ¿Tom?

—Los nombres están por detrás —dijo Thorn.

«Ben Seligman, Tom Chappell, Norman Carmichael, Brian Cowan, James Caterham, reverendo Hildreth». Escrito con caligrafía pulcra, anglicana.

Thorn me puso delante otras dos fotos. Idénticos protagonistas: con camellos, ante la Gran Pirámide, a lomos de asnos diminutos. Pasé los dedos por los bordes ondulados, un placer táctil de las viejas fotografías que siempre me ha encantado.

—Son ellos —dijo Thorn—. Estoy segura. Pero…

La palabra «pero» siempre me ha parecido irresistible. Es el borde festoneado de la fotografía, la textura de una procedencia que resalta en la perfección plana de un libro.

—Hay un… —empezó.

—¿Misterio? —sugerí.

—He repasado los registros de todos los destinados a fotorreconocimiento en el desierto occidental, y no hay ningún Ben Seligman, ni en la RAF ni en el departamento de inteligencia.

Sentí un escalofrío. Tal vez la noche en la zona de los pantanos se me había acercado un paso, pero no, era deleite. Esto era lo que buscaba todo bibliófilo, todo el que se dedicaba a la compraventa: un libro con una historia.

—¿Cree que era un espía o algo así?

Thorn asintió. Titubeé un instante.

—¿Le importa si le enseño todo esto a otra persona?

Se echó hacia atrás, frunció el ceño y me dio un vuelco el corazón. Me había excedido. Me había apropiado de la historia de su familia.

—¿A quién?

—A una mujer que conozco, trabaja en el Museo Imperial de la Guerra de Londres. En el archivo fotográfico.

—¿Una mujer?

—Se llama Shahrzad.

Thorn me miró dubitativa.

—Tiene un don —insistí.

—¿Un qué?

—Un talento especial.

Thorn abrió mucho los ojos. Por un momento, me temí que había ido demasiado lejos, que había pedido demasiado.

—No puede llevarse nada del archivo.

—¿Le importa si hago fotos?

Accedió con un ademán.

—Pero no las comparta.

—Solo con Shahrzad.

Mientras cerraba la aplicación de la cámara me fijé en la hora. En menos de veinte minutos me iba a quedar varado en la Fenlandia rural. Thorn me llevó a la estación. No estaba en condiciones de conducir. No estaba en condiciones ni de acercarse a un coche. Pisó el acelerador por las carreteras comarcales, con los faros encendidos y haciendo sonar la bocina al cruzar los puentes estrechos. Llegué al tren cuando ya se cerraban las puertas. Cuando se detuvo en King's *Cross*, todavía estaba borracho, aún absorto por lo que había vislumbrado de un misterio de hacía tres cuartos de siglo y con el olor a pachulí pegado a la ropa.

Shingle Street

Bajo un cielo del color del juicio, subí con la moto por Shingle Street, a todo gas, desafiando a las piedras a tirarme, a arrancarme la carne de los huesos al derrapar.

No, no, no, fuera, sal de mi corazón, déjame en paz.

Cuando subía aquí de niño y nos reuníamos ante la torre, a veces E. L. me ponía las manos sobre los ojos.

—¿Qué experimentas?

—Nada.

—¿De verdad? ¿Qué sientes?

Y se reía.

—Tus manos. Tonto.

Más.

El olor de la sal, las piedras húmedas de lluvia. El aire en movimiento contra mi piel, cómo cambiaba a cada momento, en el vello de mis piernas desnudas. El graznido de las gaviotas una y otra vez hasta el horizonte. El entrechocar de los guijarros. El sonido de mi respiración. El olor a jabón de tu mano.

Si quieres escribir, tienes que escribir desde la experiencia. Sobre lo que es ser eso en concreto. El todo en un momento.

¿Mi experiencia? El amor que de pronto me deja sin aliento, tan afilado como una lanzada que me atraviesa el vientre.

Dejo la Ariel tumbada en el carrizo y voy hasta la línea que marca la subida de la marea para coger piedras y lanzarlas al mar, tan lejos como puedo. Aunque me pasara siglos así, Shingle Street seguiría igual de pedregosa. El mar las vuelve a traer, marea a marea, tormenta a tormenta.

Monto de nuevo, arranco con el pie y subo por la playa. La moto ruge a las casas desiertas.

Ahora lo entiendo. Para esto sirve la poesía. Para esto existe. No por los dioses, ni por las musas, ni por la inspiración: es por la necesidad de dar con las palabras, la sintaxis, la estructura, la métrica de unos sentimientos que no entran en las sílabas.

Las emociones no tienen más definición que ellas mismas. Son irreductibles, son los átomos de la sensación. Todo arte escrito es un intento de comunicar lo que es sentir, de plantear la pregunta aterradora: lo que experimento en mi cabeza, ¿es igual que lo que experimentas tú? Es aterradora porque nunca lo sabemos a ciencia cierta. Solo tenemos la esperanza. Y corremos el riesgo.

Mi corazoncito inglés, esperanzado y temeroso, está destrozado.

Ahora sé quién eres. Las mujeres de la división de receptores son las chismosas supremas. «Hay hombres nuevos en la base». Ben Seligman. Un *bata-blanca*, un empollón. Doctor en Física por el Caius College, Cambridge, pero tu familia viene de Manchester. Lo único que oigo es el rico acento del norte al pasar por el Rincón de los Cerebritos. Ruby, también del norte, de Lancaster, se fija en él. A mí nunca me has hablado con ese acento. Pero me has mirado, y se nos cruzan las miradas y esperamos al momento en que no haya riesgos.

Me parece que es una especie de radar. No se ve, no se oye. No afecta a ningún sentido y solo devuelve sombras, pero a partir de esas sombras podemos adivinar el sentido, la orientación.

El otoño llegó entre frentes revueltos y cierta sensación de seguridad meteorológica: no era estación para invasiones. Me trasladé al interior del edificio. En el Rincón de los Poetas, me escondo tras la jarra de cerveza y pienso para ti un centenar de poemas de amor, ninguno de los cuales me atrevo a publicar jamás, ninguno de los cuales puedo siquiera terminar.

Y alzo la vista y ahí estás, delante de mí, con expresión incómoda en la cara y movimiento torpe en los pies, y dejas la jarra delante de mí.

—¿Aceptas sobornos?

«Oh Dios di algo da forma a las palabras susurra cosas coherentes».

Sonrío y asiento.

—Eres Tom Chappell, ¿no?

—En persona.

—Tom de las Rimas.

Oigo las mayúsculas. En el reservado de receptores de radar se ha hecho el silencio.

Hago un gesto de disculpa estúpido, mitad sonrisa, mitad asentimiento.

Me tiende la mano.

—Ben Seligman.

Ya lo sé.

Tiene la mano caliente. Nervios. La mía está admirablemente fría gracias a la pinta.

—Quería pedirte una cosa. No sé cómo, me he metido en la función de teatro de la base. Ya, ya, no esquivé a tiempo. Me he encargado de las luces, pero me hace falta ayuda con el resto de las cuestiones técnicas: los efectos de sonido, los telones, esas cosas. Me han dicho que tú entiendes de eso.

No sé ni palabra.

—Si tienes tiempo y me puedes echar una mano, te lo agradecería.

Nuestros ojos se encuentran.

—Claro —digo—. Encantado.

Sonríe, y controla la sonrisa por miedo a que sea demasiado luminosa. Luego, torpe, como excusándose, vuelve al Rincón de los Cerebritos. Me saluda con un ademán y me sonríe cuando todos se levantan para iniciar el alcohólico regreso a la base. Ahora tiene una excusa. Espero a que las chicas del radar salgan del reservado en una nube de humo de cigarrillos.

—Lizzie…

Se detiene en la puerta.

—¿Le has dicho tú que entiendo de luces de escenario?

—Pensaba que sí —dice—. Lo siento, ¿te he puesto en un apuro? Siempre le puedes decir que no.

—Sería una pena fallarle.

—Eso pensaba.

* * *

Me la chupa durante la escena del «¡Oooh, no! ¡Oooh, sí!» de la

Enfermera, mientras el capitán McTavish está en escena como Gran Dama, con el pelucón y todo el maquillaje, intercambiando pullas con las primeras filas. Tengo que seguirlo con el foco para mantenerlo iluminado mientras, en las sombras, el equipo de escenario pone los decorados para la escena de Robin Hood y la flecha de plata, y en ese momento siento sus brazos en torno a la cintura, luego el movimiento de unos dedos, la cremallera que baja, la mano que me coge, la lengua que obra maravillas.

Consigo susurrar una protesta sobre el peligro, el peligro, pero aparta los labios lo justo para responderme.

—No nos verán. Esta luz los ciega.

El peine del Bawdsey Village Hall es como un andamio enorme; el calor de los reóstatos, como un horno; si pones la mano donde no es, te electrocutas; justo debajo de mí, Robin Hood y sus alegres camaradas esperan a que el director de escena les dé el pie para salir, y Ben me tiene en la boca, maravilloso, sublime, sucio. Eres malo, malo, malo. Si me muevo, si el foco se desvía un instante, el capitán McTavish me cancelará las salidas una semana. Doscientos niños, evacuados, lugareños, la RAF y el vicario de St. Mary aúllan de risa ante la Dama al tiempo que Ben termina con la mano, me limpia, me abrocha y llega a tiempo para iluminar a los Alegres Camaradas, que entran en escena cantando y saltando.

Los actores tienen que salir a saludar cinco veces. La noche inaugural de la obra de la RAF en Bawdsey, *Babes in the Wood*, es un éxito arrollador.

Lambeth

La vi bajar por el andén hacia la barrera y agité la mano. Las estaciones de la línea principal de Londres tienen algo especial que hace que todas las partidas y llegadas sean cinematográficas. Me sonrió de oreja a oreja. Nunca antes la había visto sonreír.

Le cogí la mochila y fuimos a dejar sus cosas al Premier Inn. Hice tiempo en el vestíbulo mientras Thorn tardaba siglos en prepararse. Me resultaba emocionante verla en Londres. No había venido a Londres desde hacía quince años. Quería enseñarle muchas cosas. También estaba emocionado ante la perspectiva de nuestra reunión con Shahrzad, en el Museo Imperial de la Guerra. Le había enviado por correo electrónico mis fotografías y luego di por hecho que se había olvidado de ellas. Desde que la conocí, en una fiesta de absolución tras un caso de falsificación literaria, me di cuenta de que tenía una habilidad extraordinaria, y he recurrido a su talento en ocasiones, pero solo tras aprender que hay que trabajar con ella según su calendario o no trabajar con ella en absoluto. Cuando Shahrzad me respondió a los cinco días para comentarme que tenía algo interesante, supe que allí había algo.

El Museo Imperial de la Guerra estaba a diez minutos a pie por el parque Geraldine Mary Harmsworth hasta el All Saints Annexe, donde se conservaba la colección de fotografías.

—Así que tiene un don —comentó Thorn.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos y la bufanda apretada en torno al cuello. El parque olía a otoño tardío y estaba cubierto de hojas arrastradas por las ráfagas cortantes del viento del oeste. Una voz pidió a gritos un pase desde el campo de fútbol cercano.

—Shahrzad es una superreconocedora —le dije—. Es un talento muy útil en los archivos fotográficos. Casi todos los que existen

trabajan para la policía. Son capaces de ver a alguien en la grabación de una cámara de seguridad y recordar que han visto antes esa cara, aunque haya sido hace años, y además saben dónde y cuándo. Aquí los cuerpos de seguridad intentaron ficharla, pero no le gusta la policía. Su familia escapó de Irán en 1970 y siempre había alguien vigilándola, ya fuera la policía o la embajada iraní. Por cierto, no digas que es iraní. Es persa.

Dejamos los abrigos y los bolsos y recogimos los pases.

—Es Hildreth, con e, no Hildrith, con i —siseó Thorn mientras el estudiante en prácticas nos acompañaba a la sala de visionado.

Shahrzad llegó tarde. Shahrzad llegó temprano según los horarios de Shahrzad. Ya estaba a punto de mandarle un mensaje de texto cuando la puerta se abrió de repente y entró una mujer baja, robusta, de cuarenta y tantos años, en un huracán de mangas y bufandas. Soltó cajas, carpetas y su bolso sobre una mesa. Su rostro era una máscara de ira.

—A la mierda con Charlie Greenall y a la mierda su puta manera de meterse en todo con las putas reuniones de equipo. ¿Qué mierda se saca en claro con esas reuniones? ¿Qué tal estás, Emmett? —El rostro se le iluminó como si el sol saliera tras una tormenta. Shahrzad era de esas personas que parecen vivir con el ceño fruncido, pero cuando sonríen, en esas escasas y siempre merecidas ocasiones, son radiantes como santos. No me dio tiempo a responderle—. Tú debes de ser Thorn, ¿no? —Su manera de estrechar la mano era tan intimidante como su cara. Thorn se abstuvo de hacer ni una mueca, aunque vi cómo se le movían los huesos bajo la piel—. Como la trigésima letra del alfabeto islandés.

Extendió las carpetas sobre la mesa y nos sentamos.

—Gracias por mandarme esto, Emmett. Ha sido muy entretenido. —Clavó en Thorn los ojos sombreados con una gruesa capa de máscara en las pestañas; su rostro volvió a amenazar tormenta—. ¿Te has planteado donarnos todo este material? Un desván en medio del campo, no, cariño. Ratas, ratones, cagadas de paloma, incendios, inundaciones. De aquí a diez años, cuando el cambio climático nos toque de veras, Cambridge va a tener playa en el puto mar del Norte. Y tus cajitas de plástico saldrán flotando, cariño. La cantidad de material valioso que se va a la mierda por culpa de aficionados con buenas intenciones… ¿Tienes idea del

daño que puede causar en el archivo de tu bisabuelo algo tan sencillo como la variación de temperatura en los cambios de estación? No, claro que no. Aquí hacen falta las siete pes: Preservación Profesional del Papel Para Proteger Preciadas Posesiones. Las fotos son como los hijos, guapa. Los cuidas, los crías, los quieres, pero un buen día hay que aceptar que se vayan.

Puso sobre la mesa copias impresas de los documentos que le había mandado.

—Emmett, sobre la carta. Los niños bonitos se lo pasan en grande en Alejandría. Hay guerra y folian como conejos, no es la primera vez que lo veo. Thorn, tu bisabuelo es un cabronazo intolerante de mierda al que no querría conocer. Pero esto… —Dio unos golpecitos en las fotos de las pirámides—. Con esto sí puedo trabajar. Esto me sirve para ejercitar las células grises. Lo veo y pienso: «Holaaaa, chicos, nos hemos visto antes, ¿verdad?». Y sí, resulta que sí.

Sacó una foto impresa de una carpeta y le dio la vuelta: un *pub* rural, tejas rojas, ventanas bajas; un carro con los varales hacia arriba y, ante él, soldados jovencitos, con los brazos cruzados, apoyados con despreocupación, mirando a la cámara. Los uniformes desabotonados, los cuellos enrojecidos por el trabajo en el campo, las polainas bien atadas en torno a las pantorrillas de los muchachos granjeros. Sin armas, sin sombrero, sin chapas de identificación, todos con bigote. Reclutas de la Primera Guerra Mundial antes de embarcar, la imagen de una Inglaterra asesinada. Niños, todos amigos. Se notaba en su familiaridad relajada. Eran jóvenes que habían crecido juntos. Un regimiento de camaradas.

—Estos.

Los vi un segundo antes de que el dedo de Shahrzad descendiera sobre la foto. El hombre de pelo oscuro con el brazo en torno a los hombros del rubio, los dos mirando a la cámara con una expresión que iba más allá del orgullo y la aventura. Allí había conocimiento, experiencia, miedo. Thorn dejó escapar un grito de asombro.

—La foto se tomó el 28 de julio de 1915 —dijo Shahrzad—. El *pub* es The Rose and Crown, en Snettisham.

—Snettisham. Eso está cerca de… —empecé.

—De Sandringham.

—Los Amigos de Sandringham —dije.

—¿Qué? —preguntó Thorn.

—La estrategia bélica de Lord Kitchener se basaba en un flujo constante de hombres para arrollar al enemigo —explicó Shahrzad —. Las levas eran un concepto ajeno al ejército británico, que siempre había sido profesional. Así que, para hacerlo más atractivo, los grupos que se alistaban en el mismo lugar podían servir juntos. Eran los llamados «batallones de amigos». Hubo batallones de lugares de trabajo, tres batallones de equipos de fútbol, hasta un batallón de corredores de bolsa. Los Amigos de Sandringham eran todos trabajadores de la hacienda real que había allí.

—El Quinto de Norfolk —aporté—. El Batallón Perdido.

Shahrzad asintió.

—Explicaos —pidió Thorn.

—Dos días más tarde, los Amigos de Sandringham se integraron en el Quinto Regimiento de Norfolk y fueron enviados desde Liverpool a los Dardanelos. El Quinto de Norfolk era parte de la Brigada Ciento Sesenta y Tres… A grandes rasgos, la cosa va así: cien hombres, un batallón; mil hombres, un regimiento; dos mil hombres, una brigada; diez mil hombres, una división. Desembarcaron en la bahía de Suvla el 10 de agosto. Dos días después, enviaron a la Ciento Sesenta y Tres contra las posiciones turcas en Anafarta. Los mandaron de cabeza a un puto infierno. No tenían la menor preparación, aquello fue un crimen. Llevaban ropa demasiado calurosa para Turquía en agosto. Sus armas eran una mierda, casi no tenían provisiones y les ordenaron avanzar a plena luz del día hacia las defensas otomanas, bien preparadas y excavadas en la colina de Kavak Tepe. Consiguieron hacer retroceder a los otomanos hacia un bosque, hacia un incendio provocado por la artillería. Avanzaron, entraron en el humo y las llamas, y nunca se los volvió a ver. Desaparecieron. El Batallón Perdido.

—Dios —dijo Thorn—. ¿Qué pasó?

—Todo apunta a una masacre —respondió Shahrzad—. Los otomanos ejecutaban a todos los prisioneros.

—Hay otra teoría —aventuré.

—Lo del MJ-12 es una tontería —bufó Shahrzad.

—El ejército de Nueva Zelanda hizo una declaración jurada y firmada. Dijeron que habían visto entre seis y ocho nubes

lenticulares sobre Kavak Tepe.

—Reichardt no aportó esa historia hasta 1965. —Shahrzad sacó fotocopias de otra carpeta—. Y dice que no hay ninguna explicación en los archivos históricos del Museo Imperial de la Guerra. En cambio, Shahrzad Hejazi dice que en los archivos hay mucho más de lo que contamos, cariño. Esto no sale de aquí. Y si llego a enterarme de que se te escapa una sola palabra, Emmett Leigh, acabarás tus días haciéndoles mamadas a los libreros de ocasión. —Nos pasó un papel a Thorn y otro a mí. Boca abajo, claro—. Esto es lo que vieron de verdad los neozelandeses. El café, ¿con leche? ¿Y azúcar?

11 de agosto

Queridísima mamaji:
Aquí van unas breves líneas escritas a toda prisa, pues pronto vuelvo a la acción, cosa que temo con toda mi alma.
Me han destinado lejos de los australianos, cosa que al principio agradecí, ya que, como te dije en cartas anteriores, me desagradan su tradicional brusquedad y su masculinidad excesiva. Me han asignado temporalmente a una brigada inglesa, donde no seguiré con los muleros, sino como camillero, cosa más acorde con mi disposición y sensibilidad espiritual. ¡Ay, mamaji, estos ingleses! Se nos enseña a creer que son mejores que nosotros, pero los australianos me aceptaron como hombre, aunque amanerado para sus costumbres, y en cambio estos anglos no me consideran siquiera humano. No voy a herir tu sensibilidad con los sobrenombres e insultos que me dedican, querida mamá.
He conocido a unos cuantos compañeros agradables. Hay un cabo, poeta como yo, que está bastante enfermo, y hemos acordado leer y criticar nuestras respectivas obras. ¡No sé si sabe en lo que se ha metido! Por suerte para él,

no he escrito ni una palabra desde que zarpamos de Egipto; de lo contrario, la pila de papel sería monstruosa. El urdu se considera en todas partes el verdadero idioma de la poesía, pero las palabras me son esquivas: se escabullen entre los pliegues de la mente apenas consigo dar forma a la imagen. Las visiones son mudas. Estoy seco de poesía. Las obras del cabo son aceptables, aunque cargadas tanto en peso como en brillo, y me cuesta forzarme a leerlas.

El cabo tiene un buen amigo, tan moreno como rubio es él. Ambos son diferentes a sus aburridos compañeros de los Sandringham. Todo en ellos parece fuera de lugar: el acento, la cantidad de experiencia, la edad —son hombres maduros entre muchachos tan torpes como entusiastas—, la sofisticación. Parecen almas viejas. Sueles decirme que tengo buen ojo para detectar dónde se juntan los mundos: estos dos hombres, mamaji, estos amigos inseparables, han vivido para mí muchas vidas, han visto muchos cambios. Los demás soldados parecen creer que estar con ellos los protege. Son una excelente compañía, buenos conversadores, versados en ciencias y artes, aunque por desgracia no conocen la magnífica cultura e historia de mi tierra. Compartimos té y poesía —el cabo siempre lleva en el bolsillo un librito—, y escuchamos los disparos. Los disparos, siempre presentes.

Ha habido más disparos esta noche. Va a haber un ataque. Siempre hay ataques, y contraataques, y ataques en respuesta. Unos pasos por estas colinas rasgadas de trincheras, tan cerca que olemos los cigarrillos de los turcos. En las trincheras se habla de gloria, pero yo no veo más que los restos rotos. Los llevo en la camilla de vuelta a las líneas.

Tu hijo que te quiere,

Amal

12 de agosto

Queridísima mamaji:
Espero que esta carta llegue a tus manos, y también espero que no. Ya no tenemos correo, así que estas cartas que te dirijo, madre querida, las guardo en el bolsillo del pecho con la esperanza de que, si sucede lo peor, lleguen a ti junto con el resto de mis efectos personales.
Los disparos cesaron con la primera luz. Pronto iban a sonar los silbatos, y las trincheras vomitarían los cadáveres como una parodia cruel de la resurrección cristiana. Me estaba fumando un cigarrillo con Seligman y Chappell, mis amigos, cuando escuchamos un sonido diferente. No eran disparos, no era su eco contra la colina, sino una cosa nueva, ultraterrena. Lo más parecido que se me ocurre es una de esas tormentas secas que se desatan en la meseta del Decán, las que los viejos sufíes llaman «martillo de Dios». Las que pueblan las leyendas y los terrores infantiles.
Al momento, Seligman y Chappell soltaron los cigarrillos. Elevaron un periscopio por encima de la trinchera y luego, sin decir palabra, pusieron una escalerilla, subieron y salieron corriendo. Seligman llevaba a Chappell de la mano, como la madre que guía al niño hacia el pozo. Era como, si en aquel trueno extraño, alguien los hubiera llamado por su nombre. A esas alturas, el batallón ya se había despertado y todos estaban muy alarmados. Pero, antes de que nadie pudiera detenerlos, llegaron a tierra de nadie.
Todos corrimos hacia el parapeto, y vimos el infierno en llamas tal como lo describen los cristianos y los budistas: una bola de negrura chisporroteando con luces, como un relámpago hecho un nudo. Y, contra ese fondo llameante, las siluetas de Seligman y Chappell que corrían de cráter a cráter, de trinchera a trinchera, bajo una lluvia de

proyectiles otomanos.
—¡A ellos, muchachos! —gritaron nuestros oficiales.
Devolvimos el fuego, pero sin efecto, desconcertados por lo que estábamos viendo: mientras mis amigos corrían hacia la tormenta, la tormenta avanzaba hacia ellos. Un viento abrasador nos sopló en la cara. Me pareció que traía voces extrañas: gritos, súplicas, risas… Y, por las caras de los otros soldados, supe que no era el único que oía eso.
Seligman y Chappell corrieron hacia aquella nube. Nuestro teniente los llamó a gritos, dos veces, fue a sacar el revólver, luego cerró de nuevo la cartuchera. Vi que la nube se abría para recibirlos. Vi cómo se dividía el relámpago y subían hacia él cogidos de la mano como niños. Luego, la nube se cerró, el trueno cesó, y el viento cálido y las cosas que hablaban quedaron en silencio. La nube se disolvió sobre sí misma ante nuestros ojos atónitos: fue como si se plegara hacia dentro y, con ella, Seligman y Chappell.
¿Por qué no puedo dejar de pensar en este extraño incidente cuando estoy en medio de tanto horror, durante un ataque? Tal vez porque sea un indicio de locura, de la demencia más honda. Aquí, todo lo que sabemos, todo aquello en lo que confiamos, está roto; vivimos en la atrocidad, ¿tan raro es que la naturaleza misma se vuelva atroz?
Segundos después volvieron a sonar los silbatos. Había llegado el amanecer y teníamos que levantarnos y luchar. ¿Fue un sueño lo que oímos? ¿Fue una pesadilla colectiva, forjada por la locura de la guerra? Los silbatos sonaron. Entre gritos, los Amigos de Sandringham salieron de la trinchera. Yo me he sentado para esperar mi turno y traer lo que quede de ellos, y mientras, te escribo, mi queridísima mamaji.
Ya se oyen los gritos: «¡Camillas! ¡Camillas!».
Voy a firmar la carta, mamaji, y la guardaré bien. Dales

muchos recuerdos a mis hermanas.
Tu hijo que te quiere,

Amal

Al salir del museo, propuse ir a tomar algo. Thorn tenía una aplicación, una aplicación de cervezas, de cervezas que no eran virtuales, eran de verdad. Nos llevó hasta un local diminuto, del tamaño de dos sillones juntos. Nos metimos en un reservado encajados como gajos de naranja sin pelar, y ella se encargó de pedir. La aplicación le daba trofeos y recompensas por probar *pubs* nuevos, cervezas nuevas y especialidades locales. Pokémones potables.

Thorn seguía boquiabierta ante las revelaciones de Shahrzad, servidas junto con un café pésimo y galletas de chocolate. Luego hubo más promesas de castigos espantosos mientras recogía el material y nos acompañaba al ascensor, pero se dirigió únicamente a Thorn. El breve relato de un batallón sin supervivientes solo iba a convencer a los conspiranoicos. Los Amigos de Sandringham habían sido masacrados. El destino de dos desertores era irrelevante.

Un fotógrafo los captó ante un *pub* de Norfolk. Corrieron hacia la nube de misterio. Veinticuatro años más tarde, otro fotógrafo los captó ante la Esfinge.

En la foto de Sandringham eran mayores que sus camaradas. Veintimuchos, treinta y pocos. En la foto de Giza debían de tener, como mínimo, cuarenta y tantos. Comparamos las fotos. Era como si no hubiera pasado un día por ellos.

—Esto me trae loca —nos había comentado Shahrzad mientras se cerraban las puertas del ascensor; su *esprit de Vescalier*—, Nunca se me olvida una cara. Es cuestión de orgullo profesional.

—¡Abducidos! —exclamó Thorn con nerviosismo luminoso. Ya íbamos por la segunda pinta—. Lo que Amal describió es un caso típico de abducción.

—¿En medio de la campaña de Galípoli?

—La guerra es el momento perfecto para las abducciones. Las desapariciones no llaman la atención. ¿Quieres ir a otro sitio?

—Todas las experiencias místicas pueden ser abducciones —comentó Thorn mientras la aplicación nos llevaba al siguiente *pub*, un local minuciosamente *desdecorado* bajo un arco de la estación de Waterloo East, donde los ceños fruncidos de los camareros y clientes nos relegaron a la mesa más alejada, en el rincón más remoto—. Las visitaciones de ángeles, las hadas de las colinas, Moisés en el Sinaí… Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.

—Arthur C. Clarke —asentí—. De niño leí muchos libros suyos. Leí mucha ciencia ficción, pero luego fue dejando de interesarme. Soy como un católico no practicante. Pero si te refieres a extraterrestres en la antigüedad y esas cosas, ni te imaginas la cantidad de dinero que te dan por una de las primeras ediciones de Erich von Dänikens. O de *El retorno de los brujos*.

Algunos colegas de la compraventa están especializados en libros esotéricos.

Los camareros subieron la música para echarnos.

—Desde que todo el mundo tiene una cámara en el teléfono ya no se ven ovnis —señalé.

—Vamos, Emmett, tienes que reconocerlo —dijo Thorn. El aliento se le condensaba en nubes y se había calado más la gorra—. Es un misterio.

Paseamos por el South Bank mientras el sol proyectaba sombras alargadas por el cemento árido del centro de convenciones Elizabeth II. Los monopatines rugían contra la superficie brutalista. Me admira la resiliencia de un deporte que se compone de fracasos en un noventa por ciento. Aquel anochecer, el cielo era vasto y las luces que despertaban hacían la ciudad accesible y tierna. Hasta los corredores que nos adelantaban iban sonriendo. Estuvimos de acuerdo en que la aplicación era excelente y certera, pero requería mucho esfuerzo, así que nos conformamos con los cafés y bares más apetecibles que nos íbamos encontrando a lo largo del río. Para cuando llegamos al Doggett's Coat and Badge ya llevábamos seis pintas cada uno. Los estorninos salieron en bandada de debajo del puente Blackfriars hacia el cielo índigo, y contemplar su vuelo acrobático, ver la bandada metaviviente, me hizo pensar que no hacía falta más misterio que el que nos rodeaba en cada momento, en una nube de maravillas pequeñas y grandes, perceptibles solo

cuando nos fijamos en ellas.

Pero creo que fue porque estaba muy borracho y, a ojo, un setenta por ciento enamorado.

Acompañé a Thorn a su hotel —no me invitó a pasar, aunque titubeó un instante— y luego, conectado de manera eléctrica con todo el universo, volví a Clapham.

Shahrzad me despertó.

Recibo tan pocas llamadas que se me había olvidado cómo era el sonido de mi teléfono. Salí como pude a la superficie de la maraña de colchas y edredones, y palpé a mi alrededor hasta tocar cristal.

—Joder, ¿qué hora es?

—Las dos, cariño. Los hay que trabajamos mejor por la mañana. —Horarios de Shahrzad, claro. Pero solo habían pasado dos días desde que acompañé a Thorn al tren de vuelta a los pantanos—. Te he mandado una cosa. Lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—¿Y no me podías haber avisado con un…? —empecé, pero Shahrzad ya había colgado. Un mensaje. No, cariño, nada de mensajes. Son una tontería infantil, para que los críos se pasen recaditos en el colegio. No podía limitarse a mandarme algo. Tenía que llamarme para decirme que me había enviado algo.

Abrí el archivo adjunto.

Estudié la imagen hasta que me escocieron los ojos.

Luego, llamé a Thorn.

Me encontré con Thorn en King's *Cross* y la llevé a toda prisa al *pub* aceptable más cercano que sugirió su aplicación. No había reservados, pero me empeñé en que fuéramos a la mesa más tranquila y apartada. Tras los comentarios corteses de rigor, le puse delante, entre las pintas de IPA con doble lúpulo, lo que Shahrzad había encontrado.

—Ese tanque parece moderno —apuntó Thorn—. Cascos azules… ¿Dónde es?

—Bosnia. En las afueras de Gorica.

—¿Gorica? ¿De qué me suena?

—Hubo una masacre. Un señor de la guerra serbobosnio, Vlatko

Vucic. Condenado a cadena perpetua en La Haya. Esto es una unidad de las fuerzas de protección de la ONU después de que se diera la orden de salir de Gorica.

—Menudos héroes —dijo Thorn.

—La foto es una captura de pantalla de un viejo documental del Channel Four, *Ten Days in the Death of Gorica*. —Puse un dedo en la imagen—. Mira.

Tardó unos segundos en ver lo que yo había visto. Shahrzad los había identificado de inmediato, tras ver el documental de pasada hacía ya un año.

—Dios mío —se atragantó Thorn.

La imagen era borrosa y con mala definición, sacada de una copia de una cinta de vídeo. Había tres blindados Warrior detenidos en un mirador, en una tortuosa carretera de montaña. El cielo estaba despejado, el sol brillaba, era un día precioso, y el paisaje de los valles profundos entre montañas boscosas era espectacular. Todos los soldados tenían las mangas subidas y llevaban gafas oscuras y gorros de pesca para proteger del sol la piel inglesa. Se habían detenido para tomar el té.

Claro.

Imposible saber si la foto se había tomado antes de que la unidad de las fuerzas de protección llegara o ya después de que recibieran la orden de abandonar el pueblo en manos del Carnicero de Gorica.

Pero no estaban solos. Al fondo se veían los vehículos del equipo del documental, un tractor y un tráiler, un autobús rural pequeño y un par de vehículos auxiliares de la ONU. Los hombres estaban contemplando las vistas o sentados en el parapeto. Dos sonreían a la cámara, casi irreconocibles entre las gafas de aviador y los horrendos gorros: Seligman y Chappell.

Pero el talento de Shahrzad sí los había reconocido.

—¿Cuándo se tomó? —preguntó Thorn casi sin voz.

—1995.

—Así que tendrían…

—Tirando por lo bajo, ciento cinco años.

Sentí un escalofrío gélido y delicioso a la vez, el estremecimiento del raciocinio humano cuando se encuentra de frente con lo imposible que a la vez es innegable.

—Me equivoqué —susurró Thorn, y oí en su voz el mismo asombro que yo sentía—. No son abducidos. Son inmortales.

Ten Days in the Death of Gorica se había emitido de noche, en un canal minoritario. Recibió buenas críticas y luego desapareció, igual que la productora. Di con la mujer que lo había dirigido y la convencí para que comiera con nosotros en un bar del Soho, cerca de las oficinas de posproducción donde estaba montando un documental sobre niños soldado en el sur de Sudán.

Creo que se llevó una decepción cuando vio que no íbamos a ofrecerle trabajo.

Frunció el ceño al ver los fotogramas impresos y luego buscó el documental en el portátil. Juntamos las cabezas para ver las imágenes y aguzamos el oído para entender lo que salía de los diminutos altavoces. Chappel y Seligman aparecían en la película durante unos treinta segundos. Seligman sonreía. Chappell decía unas pocas frases. Luego, la escena cambiaba a una imagen del convoy al alejarse.

—¿Recuerda algo sobre ellos? —le pregunté.

Le venía a la mente lo extraño que era ver a dos ingleses en medio de la sangrienta descomposición de Yugoslavia. Dos ingleses sin relación con nadie, sin misión ni afiliación.

—Todos pensaban que eran espías —comentó—. Pero claro, también pensaban que nosotros éramos espías. Los tontos útiles de algún bando.

Insistí para que nos diera más detalles, pero solo podía pensar en niños soldado y aldeas incendiadas en el sur de Sudán.

—Estaban intentando llegar a Belgrado, y de ahí a Budapest —dijo—. Espero que lo consiguieran. Fueron unos días horrorosos. La muerte acechaba por todas partes.

Consultó el reloj de manera ostentosa. Le di las gracias y pedí la cuenta. Me dio un DVD.

Shingle Street

Conozco Shingle Street en lo más caluroso del verano, cuando el cielo, el mar y la piedra son como metal bajo el martillo del sol, cuando los guijarros queman las plantas de los pies. Y conozco Shingle Street cuando ese mismo sol se pone y todo queda suspendido entre dos momentos, entre dos mundos. Estos son los momentos robados.

Ben, como el cerebrito que es —se hacen llamar «Escuadra de la Incertidumbre», y son un aquelarre de bata blanca en su edificio aparte, lleno de cables—, tiene acceso sin reservas a la llave de la torre Martello. La trae. Yo aporto la moto. El viento nos agita el pelo por la playa.

Me alegro de que el permiso no haya salido según lo planeado. Habría sido muy incómodo ir a Manchester con Ben, otra vez con sus amigos, su familia. Londres habría significado más gente, cuando lo que necesitamos es menos. Cuando lo que necesitamos es tiempo, espacio.

Nos ponemos cómodos sin problema, y es excitante dar forma a nuestro espacio. Me tumbo desnudo en la hierba ante la torre Martello para beberme el sol mientras Ben se ajetrea con el hornillo y la lámpara Tilley. Comemos unos huevos pasados por agua al brillo de la parafina y de mi piel enrojecida, demasiado sajona. El anochecer es inmenso, interminable; el amanecer que se despliega casi imperceptible desde el mar, embriagador. No hacen falta palabras.

Un verano infinito durante dos días.

Los rumores sin fundamento del viento del este entre la hierba que crece en la arena.

El movimiento casi imperceptible de los guijarros, día y noche.

Las largas estelas de vapor condensado de los bombarderos, las florituras de los Hurricanes en misión de intercepción. Poesías de guerra escritas en el cielo.

Las pinceladas lentas y alargadas de los buques de guerra, que parecen suspendidos sobre las líneas plateadas que la neblina dibuja en el horizonte.

La quietud, la soledad de la aldea evacuada.

Las noches abrazados.

Cuando el cielo, la tierra y la piedra están en equilibrio, el cambio más minúsculo provoca ondas concéntricas. Me despierto. Entiendo de inmediato por qué. Ben no está. Salgo del saco de vivac y bajo desnudo por la escalera de caracol. La puerta está abierta. La noche es veloz y cristalina; cada estrella, un punto de tensión por el que puede irrumpir un nuevo universo. Hay un brillo que rodea la base curva de la torre. Ben está sentado a la luz de la lámpara Tilley, leyendo. Se mueve. La luz cambia. Reconozco la distribución de las palabras, la forma del espacio en la página. Está leyendo mi libro.

Los celos me abrasan por dentro.

Lo veo pasar las páginas con un dedo, un gesto casual, sin dedicar más que un vistazo a cada poema. No soporto la idea de que vaya a romper una página en su descuido.

—Ben —digo.

Tan repentina es su sorpresa, tan extrema, que es como si le hubiera pegado un tiro. Los celos se esfuman.

Ben deja el libro y levanta las manos.

—*Mea culpa*.

—Me lo podrías haber pedido.

—*Mea maxima culpa*.

Me siento junto a él.

—¿No tienes ni un poco de frío? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Es natural.

—Bueno, es que los chicos de Cheetham Hill no suelen ir por ahí en pelotas.

—Devuélveme el libro, por favor.

Me lo pasa sin levantar la vista. Se siente culpable.

—Quería ver de qué iba —dice Ben—. Y prefería que no vieras mi reacción. Por si no me gustaba.

—¿Cómo has reaccionado?

—No tengo alma de poeta.

Oigo muy arriba el pulso del motor de un bombardero. Hay luna nueva. Es el cielo que los pilotos más desean y más temen, cuando no pueden ver ni ser vistos. Entran en acción las baterías antiaéreas de Lowestoft; unos cuantos estallidos, más que se les suman hasta formar una sinfonía. Tras la torre Martello, el cielo del oeste se va a iluminar con las explosiones.

—¿Quién era? —pregunta Ben.

—Un viajero. Un hombre en una playa. Aquí, más o menos donde estás tú ahora. Cuando tenía que escapar, que ir a donde fuera, lejos de la escuela, del pueblo, de la iglesia, de todos los que querían algo de mí, lo encontraba aquí. Y hablábamos. A veces íbamos hasta la playa de Orford Ness; a veces, si hacía bueno, nos quedábamos aquí sentados. Desde las casas no se nos veía. Es un buen escondite. Pasaban las horas. Luego volvía a casa y mi madre me preguntaba que dónde había estado, y yo le decía que por ahí, dando un paseo. No quería hablarle de él porque sabía lo que iba a pensar. Nunca fue eso.

—¿De qué hablabais?

—No te rías.

—Nunca me reiría de ti.

—De poemas. De poesía. De poetas. De libros. De las palabras; de la fuerza que tienen, lo ágiles que son y con qué facilidad escapan, pero nunca cuentan las cosas tal como son. Del lenguaje y lo que se aproxima a la verdad, y lo lejos que se queda de ella. De lo que puede decir y lo que no. Del sentimiento, su cualidad irreductible, de que no es posible desglosarlo y fragmentarlo para hacerlo más explicable. ¿Entiendes lo que te digo?

—Lo intento.

—Él, sí. Le decía cosas que no le podía decir a nadie más. Prueba a contar en el colegio que quieres escribir poesía. Por no mencionar… ya sabes.

—No debí leer tu libro.

—Me lo dio el día antes de marcharse. Desde el principio me

había dicho que no podía quedarse mucho tiempo. Nunca volví a saber de él. Pero el libro, este libro, cada poema, me hablan. Cada poema parece escrito solo para mí. Es todo lo que pensaba y sentía, todo lo que dudaba pero en el fondo sabía. Todo está ahí. No es una poesía excelente. De hecho, es pésima. Pero es mía. Cuando nos despedíamos siempre decía una cosa. Se quedaba aquí y yo me iba por Shingle Street, y él miraba hacia el mar y decía: «Viene la tormenta». Hasta en los días más despejados. Creo que ahora sé a qué se refería.

—A la guerra.

Me acerco más a Ben porque ahora tengo frío, y también un poco de vergüenza.

—La guerra te trajo aquí.

Me apoya la mejilla contra la cabeza. Un beso fugaz. El este se empieza a iluminar y una línea amarilla como una magulladura dibuja el horizonte.

—El tiempo está cambiando —digo.

El fuego antiaéreo ha cesado. Los bombarderos vuelven hacia los Países Bajos.

Volveremos a Bawdsey en dos horas. No quiero que esto acabe. Acabará. Todo lo bueno se acaba. Recojo los sacos de vivac y las colchonetas de acampada, el hornillo, la lámpara. Cargo la moto y entierro la basura.

Se sube detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Arranco con el pedal. La moto se pone en marcha como siempre, fiable, maravillosa. Mi intuición con el clima no ha fallado: se acerca una tormenta. Enfilo por Shingle Street hacia las antenas del radar de Bawdsey mientras las primeras gotas gruesas estallan contra las piedras secas y el horizonte holandés se llena de relámpagos.

Fenland

No hay un momento exacto en el que pueda decir «a partir de entonces empecé a vivir con Thorn Hildreth». Hubo momentos: Aquella primera visita. La noche que me invitó a quedarme en el sofá. «Te despertarás con un perro», me advirtió. Uno no. Tres. El pastor alemán/*collie* a los pies; el *collie/spaniel*, a mi lado, contra el respaldo, a punto de tirarme a la alfombra llena de quemaduras de cigarrillo, y el *jack russell* bajo el sobaco derecho. O la vez que le comenté durante el desayuno: «Tienes mucho espacio en el granero. ¿Te importa si dejo aquí unas cuantas cajas de libros?». La tarde en que recibí el ascenso y pasé del sofá en el estudio Thunor al dormitorio Frig: cada habitación de la casa larga y laberíntica, agregada en horizontal por las sucesivas generaciones de manera que una punta del edificio ya se estaba derrumbando mientras que la otra estaba en construcción, recibía el nombre de un miembro del panteón Hilderwic de Leland Hildreth. La mañana de enero en que contemplé los campos escarchados que se extendían hasta los álamos blancos envueltos en neblina y no me pareció familiar, sino emocionante. Cuando dejé de oler el pachulí en todos los muebles y superficies y, cuando volví a captarlo, me di cuenta de que venía de mi piel.

Momentos, puntos que dibujan una curva.

Hirne House, la casa solariega de los Hildreth, era enorme y podía contener muchas vidas, muchas historias. Leland iba de un lado a otro en un estado de superposición cuántica. Nunca estaba del todo en la cocina, o en la sala, y tampoco dejaba de estar. No me habló en ningún momento, aunque parecía consciente de mi existencia. Su obsesión principal era preocuparse por si el viejo cableado eléctrico de la casa nos iba a achicharrar cualquier noche

mientras dormíamos, o si el canal Doverhirne iba tener una subida y nos iba a arrastrar hasta la bahía. Thorn subsistía al estilo rural moderno: un trabajo por aquí, un concierto por allá, unas horas de clases, ayudante en la protectora de animales —perros, gatos, ponis, asnos y chinchillas—, más horas en la tienda de una ONG, y a ratos mánager de una banda local de *heavy metal*, Elder Würm; reparaciones de motos y, más tarde, empaquetado y envío de libros raros desde mi cubículo de contrachapado en su granero, frío pero seco.

Resultó que trasladar los libros que me habían tenido prisionero en las espantosas habitaciones de Clapham no era una labor tan propia de Sísifo. Tras mi primera estancia, regresé a Londres y me encontré con una ciudad que conocía, pero que ya no amaba. La vi cada vez más fría, egocéntrica, arrogante. Vi las hostiles púas que disuadían a los sintecho, las puertas para ricos y para pobres en los mismos edificios, los muros de ladrillo que defendían casas deshabitadas, protegiendo la riqueza heredada. Londres, la ciudad de la literatura, había dado la espalda a los libros.

Vendí todo lo que pude a mis amigos bibliófilos y el resto lo metí en la parte de atrás de la Transit de Elder Würm. Yo me acomodé como pude entre el vocalista y el bajo, y nos lanzamos a la AIM al ritmo de su *death metal*. La misma banda, de cuando en cuando, ponía ladrillos o levantaba vigas o instalaba puertas en la nueva extensión de Hirne House.

El mundillo de la compraventa y los pocos propietarios de librerías que no me habían echado por uso abusivo de su *wifi* me organizaron un velatorio en un *pub* lúgubre de Bloomsbury que tenía una larga tradición literaria sobreexplotada y una clara deficiencia de carisma. La aplicación de Thorn nos habría llevado a un lugar mejor. Thorn no asistió. No quería que mis colegas de los libros la conocieran.

—No es como si me hubiera muerto —dije—. Me voy a Lincolnshire.

—Más vale muerto que en Lincolnshire —entonó Louisa y sus Loubotin.

—En King's Lynn hay librerías —insistí.

—En King's Lynn hay congas —me recordó Lionel el Alto—. Y deportes del motor.

Eso último era innegable.

Shahrzad mandó *halva* y abrazos por teléfono. «Me habría gustado estar ahí, cariño, pero me han mandado a una convención en Madrid con el puto Charlie Greenall. Oye, ¿cómo acabó aquella historia? ¿Algo interesante?».

El fragmento de Gorica nos había emocionado, pero también nos había paralizado. Fue como abrir el cajón de los secretos de nuestros padres, y ahora teníamos miedo de que lo que habíamos visto acabara con todas las falsas ilusiones con las que convivíamos. «Inmortales», había susurrado Thorn. Qué locura. Pero ¿qué otra cosa podía explicar lo que habíamos visto? Dimos un paso atrás. Doblamos los secretos y cerramos el cajón. ¿Y si habíamos atraído miradas, poderes, que escapaban a nuestra comprensión?

Pero la magia es irresistible, y una noche, al final del año, mientras el viento traía aguanieve del mar del Norte y azotaba los álamos hasta casi tumbarlos, nos sentamos con una botella junto a la estufa de leña y miramos la magia. El viento tenía alterado a Leland, que iba por la casa con el bastón, incapaz de parar, como si sus dioses privados lo estuvieran sobrevolando. Hirne House era una sinfonía de crujidos. Las lonas de plástico que cubrían el edificio nuevo se sacudían y restallaban. Por la mañana nos las íbamos a encontrar hechas jirones a lo largo de veinte kilómetros de setos y alambradas.

—Inmortales —dijo Thorn. Sirvió un vaso de oporto de supermercado—. Como en la película. Una antigua orden de personas que no mueren nunca, que guardan secretos y se ocultan de la historia.

—Si yo fuera inmortal, lo último que se me ocurriría es meterme en medio de las peores guerras de la historia —señalé.

Thorn se quitó las botas a patadas y se enroscó en el destartalado sofá de cuero, a mi lado.

—¿Qué más da? Si eres inmortal…

—¿Si te acierta de pleno una bala de cañón, ni te despeinas? Eso es ser indestructible. No es lo mismo *El capitán Escarlata* que *Los inmortales*.

—Inmortal significa que no puedes morir.

—Inmortal significa que vives para siempre a menos que algo te mate. En cambio, indestructible significa que vas contra las leyes de

la física. Contra la termodinámica, para empezar. No hay ni que meterse en la biología. La indestructibilidad es magia. Un milagro para el mundo real. Es como las estatuas que se mueven, las vírgenes que lloran y el sol que se detiene en Fátima. Es algo ajeno al mundo en el que existimos.

—Pues ahí estaban.

—Puedo creer en seres que tienen una vida increíblemente larga. Pero no en inmortales. Una bala de cañón los puede matar igual que a ti o a mí. Son, como si dijéramos, *amortales*.

—No, amortales está cogido. Significa que nunca han estado vivos. Es de Harry Potter.

—Pues *emortales*. Lo leí en un libro antiguo de ciencia ficción. ¿Qué edad aparentaban en la imagen de la guerra de Bosnia?

—Treinta y muchos —dijo Thorn. No tengo buen ojo para las sutilezas de «las siete edades». Para mí, las personas eran jóvenes hasta que pasaban a ser maduras y luego viejas—. En la foto de Sandringham, unos veinticinco, y si acaso.

—A ver si lo resolvemos. —Cogí una carta del banco del montón de correspondencia comercial sin abrir que había en la mesita. Mientras Thorn echaba al pastor alemán/collie para que no tirara la botella de oporto que brillaba a la luz de las llamas, escribí unos cuantos números en el margen—. Así que, entre 1915 y 1995, parecen envejecer unos doce años. Eso son seis coma seis años nuestros por cada uno suyo.

—Como los años de perro. —Rascó al pastor alemán/collie detrás la oreja con el pie—. Entonces, si tenían veintimuchos en 1899…

—Es que nacieron en la década de los setenta del siglo XVIII —completé su frase, y sentí cómo el frío de la parte moribunda de la casa me soplaba contra la columna.

—Y aún andan por ahí —dijo Thorn, de pronto en voz muy baja.

Me imaginé a los *emortales*, siempre entre nosotros y siempre lejos, temerosos de los mortales que no se detendrían ante nada para arrancarles sus secretos si alguna vez sabían de su existencia.

Y si se veían descubiertos, ¿qué harían para recuperar el anonimato? Pese al calor abrasador de la estufa de hierro, sentí otro escalofrío. Los perros gimotearon, se levantaron inquietos y movieron la cola con la esperanza de salir, pero volvieron a dejarse

caer en la alfombra cuando el aguanieve azotó las ventanas viejas.

—¿Abro otra botella de oporto? —preguntó Thorn.

—Venga.

Los perros siguieron con la mirada a Thorn cuando fue a la destartalada cocina. Se oyó el chirrido de un corcho seco.

—Leland tiene como un millón —comentó Thorn al volver con una botella polvorienta—. Se las dejó Anson. No se las va a beber todas en la vida. Puede que tenga posos.

—Pásame el portátil, quiero ver otra vez el documental.

—Lo has visto ya diez veces —protestó Thorn, pero me lo pasó. Abrí el reproductor y bajé el volumen—. ¿Qué buscas?

Cualquier cosa que hubiera visto sin prestarle atención, un detalle casual capturado por la cámara, cualquier pista que nos sacara de este punto muerto en una carretera de montaña de Bosnia. El talento de Shahrzad es reconocer y recordar. El mío es menos importante y también menos llamativo: me fijo. Clavé un dedo en la pantalla.

—Mira.

Thorn se inclinó hasta casi tocar la imagen con la cara. Luz azulada, oporto, pachulí.

—¿El qué?

—Esa manchita en el parapeto. Al lado de Chappell.

—Es lo que estuvieran comiendo.

—¿Puedes ampliarlo?

—¿En plan *Blade Runner*? ¿Ampliación 34-46?

—Tú dime cómo se hace.

—La pinza, pero al revés. Así.

La resolución era malísima, casi tan mala como en la captura de pantalla, pero mi talento no me había engañado. Amplié la imagen todo lo posible, un cuadradito de color, un puñado de píxeles. Una mota. Subí la saturación. Verde. Verde como los ojos de Dios.

—Es el libro —dije—. Ahí encontré la carta. Las cartas de Galípoli lo mencionan. Es ese libro. *Tiempo que fue*.

—¿Y qué? —Thorn sirvió más oporto oscurecido por los años.

—Si damos con el libro, damos con ellos.

Una puerta se abrió con un crujido. La repentina ráfaga de viento que entró en la casa agitó las llamas. Los perros se levantaron. La puerta se cerró de golpe. Nos quedamos donde

estábamos, paralizados de miedo. Luego, Thorn se puso en pie de un salto.

—¡Joder, Leland! —Echó a correr con los calcetines de lana hasta la puerta de entrada—. Ha salido a ver el nivel del canal.

Le costó un cuarto de hora arrastrar a Leland, descalzo y en bata, desde la traicionera margen del canal hasta la casa, y luego meterlo en la cama y tranquilizarlo con un *whisky*. Para cuando volvió al oporto con los pies calados, del fuego ya solo quedaban brasas, los perros se habían marchado, la habitación se estaba enfriando y los fantasmas, los dioses y los inmortales que habíamos invocado se habían disuelto en el viento.

—En el dormitorio Frig hay mucha corriente, Emmett —dijo Thorn.

Se me pasó por la cabeza mencionarle la gotera nueva que estaba llenando de moho negruzco una esquina de la pared, pero creía saber a dónde quería ir a parar.

—Y ese calefactor de mierda… En cambio, el dormitorio Othun no tiene corrientes, hay calefacción central y, como incentivo adicional, tengo un culo muy calentito.

Se levantó para mostrarme el culo embutido en las mallas de Adidas.

—Yo llevo la botella, tú trae los vasos.

Thorn tuvo que solicitar el pasaporte. Me pareció increíble que una mujer moderna nunca hubiera salido del Reino Unido. Me preocupaba el tedioso proceso de rellenar formularios, hacerse las fotos, pedir a una persona respetable que las autentificara —me ofrecí voluntario, como respetable empresario de compraventa de libros, pero prefirió al párroco— y luego esperar a que se lo mandaran por mensajero. Me inquietaba que cualquier retraso me llevara a perder el libro. Escribí correos electrónicos, hasta llamé por teléfono, pero las respuestas dejaban bien claro que mi deplorable francés había provocado un *canal* de malentendidos. Creo que la librería me lo había reservado, pero a cada momento me temía que alguien se lo llevara en una de las bonitas bolsas de tela de la tienda.

La Sauterelle era un laberinto de salas en cinco pisos diferentes,

en torno a un patio de la Rue des Saints-Pères. Olía a café, a meados de gato, a polvo y a perfume viejo. Me di cuenta de que olía al mundo de Thorn.

Me costó veinte minutos encontrar Tiempo *que fue*. El comprador al que se lo había vendido era un agente, pero no agente de inmortales, sino de una librería de la orilla izquierda especializada en temas arcanos y libros únicos o difíciles de conseguir. Escribí a La Sauterelle, compré billetes de tren y aguardé nervioso una semana mientras Thorn se sacaba el pasaporte.

La Sauterelle había nacido para estimular mis centros neurálgicos bibliófilos. Arquitectura excéntrica. Pilas de libros en los pasillos, escaleras tan abarrotadas de ellos que había que subir de lado para no provocar una avalancha; salas conectadas como sinapsis; sistema de catalogado idiosincrático: por el color de la sobrecubierta en lugar de por temas, por tropos poéticos, por la ubicación geográfica del autor… Había una habitación entera dedicada a los hojaldres y otras masas de repostería. Me habría gustado perder horas, a ser posible días, en aquel laberinto de papel. Nuestro tren salía de la Gare du Nord a las 21:13.

La librería me lo había reservado.

—Van muy buscados —me comentó la mujer de la mesa estilo *belle époque* donde estaba la caja—. El propietario tiene instrucciones.

—¿Instrucciones?

—Muy antiguas. De los primeros tiempos de la tienda. Pasan de generación en generación. Es un libro especial.

—¿Es muy vieja la tienda?

—En julio cumpliremos ciento veinticinco años.

Cogí el libro. Lo sopesé, palpé la textura de la cubierta, la irregularidad de los pliegos. Lo abrí, olí las páginas. Olor a cerrado, todavía húmedo del contenedor donde lo había encontrado hacía ya meses, ante el cadáver de The Golden Page. No era el olor de un libro de ciento veinticinco años.

—Le vendí este ejemplar a uno de sus agentes. Lo encontré entre la basura de una librería vieja de Londres.

—Tengo entendido que hay más.

—¿Librerías con… instrucciones?

—En las instrucciones se dice que, si una librería cierra, el libro

tiene que ir a una de las otras. La de Londres no las obedeció.

—¿Tienen más ejemplares?

—Por supuesto.

Pasó pantallas en la tableta.

—Poesía anónima. La sección del final, entre «pastelería» y «panadería».

Le mandé un mensaje de texto a Thorn, que se había dejado atrapar por el polvo, la magia y la decrepitud. Llegó antes que yo a la sección entre «pastelería» y «panadería». Tenía el libro en la mano. Sentí una punzada inesperada de resentimiento. Habría querido arrancárselo de aquellas manos indignas.

—Mira —dijo.

Abrió el libro. Entre las páginas, una carta. Leí el encabezamiento: *Nankín, 12 de enero de 1937*.

—Lo necesito.

La joven de la mesa *belle époque* alzó la vista de la tableta.

—No se lo puedo vender, señor.

—Pero si tienen otro…

—Lo siento mucho. Las instrucciones…

—¿A quién se lo puede vender?

—Señor, le repito que…

—Las instrucciones…

—Lo entendemos —intervino Thorn—. Lo dejaré en su sitio.

En cuanto estuvimos fuera de la vista de la mujer de la mesa *belle époque*, Thorn me quitó el libro de las manos. Volví a sentir una punzada de celos injustificados.

—Tienes que ser más de los pantanos, Emmett —dijo.

Cogió la carta, la dobló y se la metió en la mochila antes de volver a poner el libro en su sitio, entre «pastelería» y «panadería».

Nos despedimos con un ademán de la joven de la mesa y salimos por el patio de carruajes en Rué des Saints-Pères.

—Ahora te toca invitarme a una puñetera copa, Emmett Leigh.

La invité a una puñetera copa, y luego a otra, y a otra, y así, bebiendo, cruzamos París hasta la Gare du Nord, y luego bebimos en la Gare du Nord, y luego en el Eurostar. Cuando el tren entró en el túnel nos sentimos por fin a salvo y seguros de que nuestro pequeño crimen había pasado desapercibido, y por fin sacamos la carta y la desdoblamos sobre la mesa. Thorn se pegó a mí. La

oscuridad era absoluta en el túnel.

Nankín, 12 de enero de 1937

Mi querido Tom, mi amor:
No sé dónde recibirás esta carta, no sé si la recibirás.
Estoy a salvo. Todos los europeos estamos en la zona internacional. Afuera, sigue la matanza. Escapé justo antes de la derrota de Shanghai, en la penúltima cañonera que salió. China ha caído. Chiang Kaishek se ha retirado con lo que queda de su ejército al oeste de Chongqing, la capital está perdida y el ejército imperial de Japón se ha embarcado en una carnicería que supera con mucho mi capacidad para espantarme.
Herr *Rabe cree que solo es cuestión de tiempo que los japoneses se harten de nuestra pose, pongan fin a la pretensión de autonomía de la ciudad y arrasen el enclave. Pero su autoridad moral y su valor personal siguen siendo lo único que se interpone entre el ejército imperial y los doscientos cincuenta mil ciudadanos de Nankín que se han refugiado en la zona de seguridad. No le da miedo utilizar la baza política: en lo peor del bombardeo, Rabe envió un cablegrama a Berlín y, en una semana, los japoneses pasaron de los ataques aéreos indiscriminados a centrarse exclusivamente en zonas militares e industriales. Pero no nos permiten en ningún momento olvidar que nos están tolerando aquí, nada más. Los soldados que hay delante de la casa se dedican ostentosamente a cargar y descargar las armas, a afilar las bayonetas.*
Rabe me resulta fascinante. Es alemán, es un nazi, miembro del partido y hombre de confianza del Führer. Es un hombre bueno en medio del infierno. Pero me resulta imposible no mirarlo a la luz de lo que nosotros ya hemos visto, de lo que la historia aún tiene que ver, y juzgarlo

por lo que su partido y su país le van a hacer a la humanidad. Esa misma clarividencia me hace desear que hubiera más observadores de esta atrocidad casi desapercibida, en lo que para nosotros es una tierra lejana y extraña. La preocupación de Rabe por la gente de la ciudad es sincera, igual que la repulsión que siente ante las atrocidades que se cometen tan cerca de nuestro pequeño enclave.

¿Soy un monstruo por sentir alivio en medio de un horror que supera al del infierno cristiano? Y lo siento porque había temido ser ya insensible al horror. Después de todo lo que hemos visto, todo lo que hemos compartido y que nos hace retroceder una y otra vez, tenía miedo de haberme vuelto indiferente a este espanto que supera al de Galípoli, al de Bosnia, al de la Guerra Blanca. Los horrores que veo aquí me provocan emociones, repulsa, terror. Un miedo que va más allá de los de la guerra, porque es calculador y casual a la vez.

Carnicería. Masacre. Atrocidad. Otra vez las mismas palabras. No bastan, pero no hay otras. Fuera de nuestro enclave, el ejército imperial ha desencadenado una violencia que desafía al entendimiento contra los ciudadanos de Nankín. Una tercera parte de la ciudad está en ruinas. Cada día hay ejecuciones masivas: el sonido del pelotón de fusilamiento es muy característico, pero ni los disparos les parecen suficiente. Magee me cuenta que ha fotografiado concursos de decapitación; los soldados ven a un fotógrafo occidental y lo empujan a primera fila para alardear de sus proezas. Se habla de ahogamientos en masa, de quemas, de enterramientos en vida. Me harían falta páginas y páginas para describir la brutalidad absoluta del número —las competiciones de decapitación, los buldóceres que usan para las fosas—, pero lo que encuentro más atroz son los ataques individuales, porque son personales. Porque la crueldad es calculada. La

cabeza decapitada con un cigarrillo en la boca. El niño chino al que mataron a culatazos porque no quiso quitarse el gorro ante los soldados. El hombre enterrado hasta el cuello y luego lapidado con ladrillos sacados de su propia casa. La mujer violada y asesinada, con las faldas tapándole la cara, pero con sus partes íntimas expuestas, abiertas con un palo.

Camino entre estas abominaciones como si fueran columnas llameantes, inmune pero no inmunizado. No vengas a China, Ben. Estés donde estés, quédate ahí. Yo te encontraré. El mundo es cada vez más oscuro y angosto. Los lugares donde podemos comunicarnos, donde podemos encontramos, son cada vez más escasos y distantes. Rabe dice que la vida que le queda a la zona de seguridad se cuenta en días, y creo que tiene razón. No sé lo que pasará. Los civiles tendrán que salir de aquí. No sé qué será de ellos. Los soldados chinos que quedan serán exterminados. ¿Y los europeos, los estadounidenses? Por eso, el comité internacional de la zona de seguridad ha decidido que alguien tiene que dar testimonio de la Violación de Nanfein.

Seré yo.

McDaniel me ha dado un rollo de película sin revelar que voy a llevar río abajo, a Shanghái, donde la entregaré en la oficina de Associated Press para que se la muestren al mundo. Estoy a bordo de un barco fluvial, el HMS Danae, que aún sigue trasladando refugiados del Bund a Hong Kong. Soto estaré en Shanghái unos días, una semana como mucho, antes de ir a lo que ahora sabemos que es la seguridad temporal de Hong Kong. Desde ahí intentaré llegar a Australia o a Sudáfrica.

Para llegar al puerto tuvimos que atravesar cientos de metros de cadáveres. Los perros se estaban ensañando. El invierno es gélido en Nankín, pero el hedor de la podredumbre, de la muerte sangrienta e ingente, nos siguió

muchos kilómetros por el Yangtsé. Los japoneses me registraron, claro. Me confiscaron la libreta de notas, pero me dejaron el ejemplar de Tiempo que fue. Lo llevaré tanto como pueda, pero dejaré mensajes en Shanghái y en Hong Kong. La película no me la encontraron, por supuesto.

Sé que nunca volveré a sentirme limpio. Se habla de cicatrices, se habla de heridas, se habla del dolor y la curación, pero la palabra que mejor describe lo que he visto es contaminación. Es algo sucio que mancilla el cuerpo, pero, sobre todo, el alma. Es una mancha profunda que me tiñe cada fibra del cuerpo, que nunca podré quitarme. La llevo tatuada en el corazón. Y lo que más temo es no encontrarte esta vez, que el torbellino nos arrastre por separado. No soportaría perderte. Me conformo con un momento, con que nuestras miradas se crucen en los peldaños de la Madeleine, en la penumbra de la niebla de Londres.

Tiempo que fue, tiempo que volverá a ser.

Ben

El tren salió del túnel a otro tipo de oscuridad. Nuestros rostros se reflejaron en la ventanilla que la noche había convertido en espejo. El pasajero que iba sentado frente a nosotros se había quedado dormido.

—No son inmortales —dijo Thorn.

—No —respondí—. Son viajeros del tiempo.

Shingle Street

Un momento de belleza, ahora que estamos otra vez en nuestros mundos separados, en zonas diferentes del *pub*. Ben y su Escuadra de la Incertidumbre, en el Rincón de los Cerebritos; yo, en el banco de la ventana, escribiendo y contemplando la llegada de otro otoño caluroso. Pensando en él.

Las chicas del radar me cuentan que los bombarderos han cambiado de ruta; ahora los ataques nocturnos son en las grandes ciudades del norte. Manchester se ha llevado lo peor. Ben es el primer científico en una familia propietaria de mercerías y negocios de textiles al por mayor. El almacén de los Seligman en Salford ya no es más que cenizas. Su familia no ha tenido que llorar a nadie. Es todo lo que me puede contar en momentos esporádicos en la barra, cuando pagamos las pintas.

Y Lizzie arquea las cejas y apunta con los ojos al Rincón de los Cerebritos al salir del reservado para pedir otra bandeja o más bebidas. Sonrío, inclino la cabeza, y se le ilumina la cara.

La Compañía Bawdsey está buscando actores para una obra policiaca. Me he presentado, pero si me ofrecen un papel, lo rechazaré. Ben Seligman no se va a hacer cargo de las luces. La Escuadra de la Incertidumbre dedica cada minuto a su experimento. Van a hacer una demostración con un grano de sal. Ha venido gente de Londres, del ministerio. Si todo va bien, empezarán las pruebas sobre el terreno.

—Explícamelo otra vez.

Vamos caminando sin prisa hacia Bawdsey; somos una desordenada procesión cargada de cerveza, dispersos a lo largo de medio kilómetro de calle. Compartimos cigarrillos. Ha sido la cerveza de celebración: mañana, el ministerio vendrá a ver cómo

desaparece un grano de sal.

—Ponemos un objeto en estado de superposición cuántica —me dice Ben—. El principio de incertidumbre de Heisenberg fija un límite fundamental en lo que podemos observar en un sistema físico. Si conocemos con mucha precisión el momento lineal de un objeto, podemos medir con muy poca precisión su posición. Por tanto, la localización se convierte en una incertidumbre estadística. A efectos prácticos, es inobservable.

Ben me ha explicado muchas veces los principios de su trabajo. Ha dedicado su vida a lo infinitesimal, a los fragmentos de tiempo, de distancia y de materia. El universo, en sus niveles más diminutos, opera siguiendo unas normas muy diferentes de las que rigen el mundo que percibimos. Hay contradicciones, imposibilidades, paradojas y rarezas, una lógica a lo Lewis Carroll; pero, al mismo tiempo, es la descripción más precisa del funcionamiento de la realidad. No hay nada a lo que me pueda agarrar: no existen verdades concretas, pruebas para los sentidos, una visualización interior de la que pueda extraer un significado. Pero le gusta que me intrigue. Yo compartí mi mundo, él comparte el suyo. Lo que entiendo es que ve una belleza, algo sublime, asombroso y aterrador, que yo no percibo.

No tengo alma de científico. Pero noto su emoción, su ansiedad, su orgullo, su amor. La Escuadra de la Incertidumbre espera junto a la garita de vigilancia; yo sigo por otro camino.

Entra casi saltando en la sala de expedición con la bata blanca abierta y ondeando. Su júbilo salta a la vista mientras escudriña con los ojos la estancia cargada de humo de cigarrillo. Se le iluminan los ojos al verme en el destartalado sofá.

—Oye, sí, por favor. Necesito que lleves un mensaje. —Me hace un ademán para que vaya a donde tenemos las motos. Sigue hablando hasta que salimos del edificio—. Es delicado, máxima prioridad. Tengo que entregarlo en persona. ¿Me llevas?

Me pongo el casco y bajo las gafas.

—¿A dónde, señor?

—Conduce, nada más —me susurra Ben al oído.

Arrancamos, con sus manos en mi cintura y la bata blanca

ondeando tras él. A la policía militar casi no le da tiempo a levantar la barrera para franquearme el paso a *Ferry* Road.

—¡Te tendrías que haber presentado para lo de la obra policiaca! —grito contra el viento—. ¡Qué pedazo de actor!

Paro la moto ante la puerta de la valla de un campo, en un sendero con huellas paralelas de un carro, bajo los espinos, apartados de la vista. Ben va de un lado a otro, incapaz de estarse quieto.

—¡Lo hemos conseguido! —grita, y levanta los brazos en un tosco aleluya—. Hemos logrado la incertidumbre durante tres minutos y veintisiete segundos. ¡Tres minutos y veintisiete segundos!

—Las luces bajaron —digo—. Se notó el temblor en el suelo.

Ben está tan emocionado que ni me oye. De pronto, me coge la cara, me atrae hacia él y me besa.

Fenland

En retrospectiva, entiendo que todo empezó con la carta de Nankín. Habíamos robado mucho más que una carta. Habíamos robado un secreto que nadie más conocía, que nadie podía saber, porque nadie iba a entenderlo. Los secretos compartidos se convierten en locuras compartidas. Las locuras compartidas se convierten en cánceres lentos.

Las pruebas saltaban a la vista en los relatos, en las cartas, en el libro que parecía dar cohesión a todo. La conclusión era demencial, pero no había otra posible. Habíamos interceptado la comunicación privada entre dos viajeros del tiempo. Habría aceptado que fueran inmortales, tal como argumenté durante la tormenta de la Nochevieja, pero los viajes en el tiempo eran un insulto contra todas mis teorías. Si existían, vivíamos en un mundo de anticiencia. También podía haber milagros. También podía existir Dios.

Me pasé el resto del invierno hibernado en la investigación como un lirón enroscado en su madriguera. Cuando hacía mal tiempo, y el tiempo fue malo a menudo aquel año —el canal Doverhirne superó en cinco ocasiones el indicador de altura máxima—, me pasaba días sin salir de la casa, metido en el estudio de Leland. El viejo había limitado su mundo a una ruta muy frecuentada entre el dormitorio, la cocina y el baño, así que colonicé con mis libros el estudio Teu, de techo bajo, ventana pequeña y olor rancio; instalé un amplificador de *wifi* y compré un radiador eléctrico pequeño en el Poundland de Spalding como complemento de la ineficiente calefacción. Thorn me traía té y sándwiches de beicon cuando se acordaba, y yo solía acordarme de apagar el radiador antes de meterme en la cama junto a ella y acurrucarme contra su calidez redondeada, sólida.

Me pasé una semana de lluvia y tormentas recorriendo los estantes de grandes librerías. La Sauterelle, París. Bertrand, en Lisboa, la más antigua del mundo, fundada en 1732. Argosy, en Nueva York. Candide, en Bruselas. Vivalibri, en Roma. En todas había ejemplares de *Tiempo que fue*. Varios, en muchas de ellas. Sin duda había habido más: yo había presenciado la muerte de The Golden Page e intercepté por casualidad el delicado entramado de puntos de entrega y mensajes intercalados. Las librerías, los coleccionistas de libros, son estables, conservadores, tienen raíces. Las modas y las tendencias pasan de largo en torno a ellos. Los barrios cambian, las poblaciones fluyen, pero las librerías y los libros permanecen.

O permanecían, hasta esta era postliteraria.

Tiempo que *fue*. Un libro especial. Ochenta y ocho páginas. Contenido: sesenta y cinco poemas numerados. Sin biografía del autor, sin prólogo, sin epílogo, sin índice ni notas. No aparecía la dirección de la editorial ni la fecha de publicación. Nada sobre la imprenta, sin número de edición. Ninguna librería que lo tenía lo había catalogado. El nombre del autor no figuraba en más obras y no había ninguna pista sobre quién había sido. Ni una reseña, ni un artículo, ninguna exégesis, cero referencias en los ensayos académicos. Un libro que solo existía en el inventario de cinco librerías.

Era el tipo de código privado, esotérico, que yo mismo habría diseñado.

Valoré la posibilidad de pedir a mis amigos bibliófilos que me ayudaran a localizar ejemplares. Por un lado, está el saber privado, y por otro, el de internet. Pero me lo pensé dos veces. No quería que abrieran el baúl de mis secretos y supieran lo que había dentro. No soportaba la mera idea de que localizaran a mis viajeros del tiempo. Mis viajeros del tiempo.

Las últimas nevadas del invierno cayeron sobre la región, soplaron hacia el mar del Norte, se apilaron sobre los setos y helaron los canales. Leland se pasaba las horas muertas ante la ventana de la cocina, mirando el temporal gris en el prado. Thorn recordó lo que le había contado su abuela sobre inviernos en que los ríos se congelaban todos los años y los habitantes de la zona hacían carreras de patines. Leland fue el ganador en cuatro

ocasiones. Por aquel entonces era un hombre fuerte. Una noche, la policía lo encontró ante el Tiffin's Café, a minutos de la hipotermia. Había recorrido a pie, en bata y zapatillas, los tres kilómetros que había entre Hirne House y Pinchbeck. Hizo falta una semana entera en Hirne House, con sus corrientes y su calefacción irregular, para que volviera a entrar en calor.

Mientras Leland se recuperaba y Thorn se las arreglaba para trabajar en casa —Elder Würm tenía unos días sin actuaciones y podían centrarse en la construcción—, yo me envolví en un edredón y en especulaciones. El cuidadoso trazado secreto de librerías, el entramado de puntos de entrega, sugería que los viajeros del tiempo no podían volver a su lugar de origen. También apuntaba a que, cuando se desplazaban en el tiempo, no siempre iban juntos. Al parecer, llegaban a la misma época, con unos pocos meses o años de diferencia, pero a menudo a diferentes continentes. Eso también apuntaba a que no tenían pleno control de sus viajes en el tiempo. Tal vez fueran involuntarios. Tal vez estaban perdidos en el tiempo.

Me convertí en un viajero del tiempo de sillón. En los libros y en los chats de internet, aprendí que las leyes de la física no eran opuestas en teoría al viaje en el tiempo, pero en la práctica hacían falta cosas muy gordas: el horizonte de sucesos de los agujeros negros, agujeros de gusano espaciotemporales o montones de materia extraña de la zona de Júpiter. Luego, el problema era de dónde —o de cuándo— habían salido Seligman y Chappell. ¿Eran investigadores del futuro? ¿Eran refugiados? ¿Eran visitantes que volvían una y otra vez? ¿Estaban perdidos en el tiempo y no podían regresar a su hogar? ¿Había habido un accidente en el Departamento de Viajes en el Tiempo?

El deshielo llegó de repente; doce grados en una noche y, por la mañana, el canal Doverhirne corría a dos centímetros de nuestra puerta de entrada. Las aguas sucias retrocedieron y dejaron una película de todo color ocre a través de la que asomaron los crocus como diminutas plumas verdes, y me di cuenta de que había llegado la primavera y yo había perdido una estación entera. Estaba pálido y débil, con un resfriado permanente debido a mi sistema inmunológico deprimido. Thorn trató de hacerme salir, de que me diera la luz y viera a más gente, pero no tenía nada de qué hablar con sus amigos de las motos y el *rock los* viernes por la noche en el

pub, y dejé de ir a las noches de trivial de los martes antes de que me prohibieran participar por ser el puto listillo de Londres. Salía a pasear durante el día, cuando no había riesgo de encontrarme con nadie; cuando Thorn se marchaba en el Volvo a llevar animales adoptados por todo el condado, me iba a la piscina de Spalding a hacer unos largos y a meterme en el *jacuzzi*, pero mis pensamientos estaban perdidos en el tiempo, con Seligman y Chappell.

De web en web, de grupo en grupo de Facebook, de blog en blog, fui llenando los huecos del relato. Chappell y Seligman aparecían por toda la historia de los siglos XIX y XX. En el Museo de Artillería de San Petersburgo encontré su pista en la guerra civil rusa de 1919, atrapados en una dacha en invierno con los remanentes del Ejército Blanco que se retiraba desorganizado de San Petersburgo. En el Museo Imperial de la Guerra de Manchester di con un posible avistamiento de Tom Chappell en Crimea, embutido en ropa para soportar el invierno de Ucrania. Entre la barba y las pieles, la identificación era complicada. La foto estaba fechada en 1856. Los encontré en el puente del HMS Jamaica en Incheon. Volví a verlos sentados a una mesa ante un hotel de Saigón.

Según la mecánica cuántica, la realidad física del electrón es una función de onda, un abanico de probabilidades de la energía y posición de la partícula.

Hay puntos en los que la probabilidad de existencia del electrón es diminuta, pero no cero; hay puntos en los que la probabilidad es casi del cien por cien. Las probabilidades siguen la distribución normal de la curva. Asumí que la trayectoria de Chappell y Seligman por el tiempo seguía una distribución similar. La cantidad de teorías cuánticomágicas y casi místicas que me rondaban por la cabeza indicaban hasta qué punto me había alejado del resto de la humanidad. Hice un diagrama de probabilidades. Si Crimea en 1856 estaba en la parte inferior del tercio bajo de la sigma, la parte superior de la campana estaba en mi tiempo.

En medio de lagunas, datos insuficientes, suposiciones y más deseos que certidumbres, hice las cuentas.

El límite superior de tres sigma estaba en torno a 2030.

La obsesión es un tipo de demencia baja, pausada. Como pasa siempre con la pérdida de la razón, crees que todo va bien, que todo

está en orden y es normal. Maravilloso. Al principio. Era razonable que volviera a instalarme en la habitación Frig, porque llevaba un horario muy extraño y Thorn tenía que trabajar. Nunca había sido un hombretón de los Fens, y estaba perdiendo unos kilos que no me sobraban. Me salté comidas, picaba directamente de la nevera, me pasaba días sin tomar nada más que té con leche. Thorn me detuvo cuando iba a comer un trozo de pan mohoso que había en la panera. Pillé lo que parecía una gripe primaveral en aquella habitación húmeda y llena de corrientes, e insistí en seguir trabajando pese a todo, incluso cuando se convirtió en neumonía y tuvieron que llevarme al hospital Peterborough City con un drenaje en el pecho. Llegué a tener 39'5 de fiebre. Tuve alucinaciones en las que me rompía en mil fragmentos de espejo y tenía que repasar mis rostros paralelos para dar con uno en el que tuviera un *bindi* hindú de consciencia cósmica en forma de estrella, el *shivdismo*. Cuando volví a Hirne House, la primavera se dirigía ya hacia el verano. Los amigos *heavy metal* de Thorn llevaban muy adelantada la ampliación. Me senté en una silla plegable, al sol, mirando a Leland, también en su silla, al otro lado del césped raquítico, y me sentí tan viejo y tan demente como él. Entrecerré los ojos al sol y traté de visualizarme sano. Había ido muy lejos, a un lugar extraño, y había vuelto. Un día me di cuenta, luego comenté y luego grité que los constructores estaban haciendo tanto ruido que no podía concentrarme en mi trabajo. ¡En mi trabajo! ¡Estaba persiguiendo a unos viajeros del tiempo por los pliegues de la historia! En aquel momento me di cuenta de que lo que había vuelto a Hirne House no era lo mismo que había salido de allí.

Un día el sol no brilló tanto ni tanto tiempo como para sentarme afuera. Las hojas se amontonaron en los rincones del jardín. Miré la fecha. Llevaba más de un año en la región de los pantanos, en aquellas tierras llanas y abiertas donde nada se podía esconder, pero donde había más secretos que en ningún lugar de Londres.

Volver al interior de la casa me sacó de la rutina. Recuperé la teoría Emmett Leigh de viajes en el tiempo. Los puntos de probabilidad más baja en mi curva de distribución eran 1840 y 2030. Pero no me había dado cuenta de una cosa, y no me fijé hasta que no me aparté del sol. Fue como si un dios solar cegador se me revelara: el punto máximo de probabilidad. Según los datos que

había recogido, el mayor número de apariciones de Chappell y Seligman había tenido lugar entre 1935 y 1949. No eran viajeros del tiempo del futuro. Eran viajeros del tiempo del pasado.

Para celebrar que la nueva ampliación estaba terminada, con una pintura tan fresca que daba dolor de cabeza y una moqueta tan nueva que se podía firmar con un dedo, Thorn profanó el yeso prístino con una nueva televisión 4K de 72 pulgadas. Sonido envolvente. Se la había comprado a un conocido en el *pub*. Comercio rural.

Me empeñé en que la bautizáramos viendo otra vez el documental.

—¿Entero? —preguntó Thorn.

—Solo ese trozo —concedí.

El 4K no ayudó para nada a la definición de las imágenes, pero el sonido me pareció magnífico. Por primera vez, distinguí con claridad las palabras de Chappell. Le noté el acento.

—Es de East Anglia —dijo Thorn.

Yo llevaba suficiente en la zona para saber que había toda una variedad de dialectos de Boston a Chelmsford y Cambridge, pero nunca podría aprender a identificar los microacentos.

—Leland lo sabrá —dijo Thorn—. Con oír seis palabras te dice hasta la parroquia.

Nos costó media mañana sentar a Leland ante la tele, que viera el DVD, que escuchara y que entendiera mis preguntas.

—¿Qué? ¿Quién es ese? No lo conozco.

—Hostia puta, joder —estallé por enésima vez.

—Es un anciano, Emmett —dijo Thorn con voz gélida—. Lo estás asustando.

Puse en marcha otra vez el DVD.

—Del este de Suffolk —declaró Leland de pronto, con una voz tan fuerte y sonora que me hizo comprender que hubiera tenido su propio culto—. Ipswich, Woodbridge. Ponlo otra vez.

Obedecí.

—De la costa. De los Sandings.

Me costó casi una semana juntar valor para salir de mi hermetismo. Demasiado Londres en mí. Al final, quedé con Lee, que

a veces hacía de ingeniero de sonido con Elder Würm, para tomar una pinta. También era el esotérico del pueblo y, según él mismo, el Aelder Kin de Hilderwic. Nos sentamos en un reservado con un par de pintas de una cerveza espantosa. Lee no habría estado más incómodo si lo hubieran puesto delante de un juez.

—Muy bien lo de la ampliación —dije—. La pintura ya no me da dolor de cabeza.

—Genial. Eh… Bien. Estupendo.

Seguía con cara de querer echar a correr.

—Me gustaría preguntarte una cosa.

Se quedó paralizado. La mano le temblaba tanto que tuvo que dejar la jarra sobre la mesa para que no se le derramara.

—¿Estás bien?

Asintió, aterrado.

—Sabes mucho de mitos y mierdas raras de esas —dije—. En la zona de Ipswich, de Woodbridge, ¿hay alguna leyenda local rara? Relativamente reciente.

El alivio se le dibujó en la cara. Vació la jarra de dos tragos.

—¿Estás de broma? ¿No sabes lo de Rendlesham?

Él tenía la tarde libre. Yo, toda la vida. Me llevó.

Los bosques siempre me han puesto nervioso. Puede que se deba a un exceso de cuentos de hadas durante la infancia —era un niño enfermizo y me eduqué tanto en el colegio como en los libros que leía—, el caso es que nunca dejé de creer en los ojos que te observan desde los huecos de las raíces. Los árboles cambian de lugar en cuanto les das la espalda. Hasta en los bosques nuevos, plantados por la Comisión de Ingeniería Forestal. Las hileras de coníferas idénticas y regulares son, si acaso, más siniestras.

Lee me contó la historia por el camino. En Rendlesham había tenido lugar el incidente ovni más importante del Reino Unido.

—Es el Roswell de Gran Bretaña, tío —comentó.

A mí me pareció la mezcla habitual de elementos inconsecuentes y conspiranoicos: una base de las fuerzas aéreas estadounidenses, animales asustados, luces en el bosque, un testigo poco fiable. Los fieles creyentes de Rendlesham habían hecho una ruta ovni. Pese a los abundantes carteles con el extraterrestre gris estándar de ojos

ovalados, me sentí cada vez más incómodo por los senderos del bosque, en parte por mi sentido innato de lo extraño, en parte por las pruebas cada vez más abundantes sobre las cosas que la gente hace cuando nadie los ve. Los moteros habían creado un entramado de pistas, saltos, troncos para acrobacias, barreras y trampolines, todo pese a que el terreno era perfectamente liso. Nos encontramos con restos de hogueras, latas de cerveza, botellas de vodka, condones. Agujas. Tótems tejidos con ramas. Los restos de un coche quemado.

—¿Alguna vez hicisteis rituales aquí? —pregunté a Lee—. Cuando eras Aelder de Hilderwic.

—¿En Rendlesham? Tú estás de coña, tío.

Luces en la noche. Gente aislada, sugestionable. Entendí el poder del bosque silvestre. Si no hubiera estado buscando algo diferente —viajes en el tiempo, no en el espacio—, podría haber creído. Quería creer. Pero no creí hasta que llegamos al punto más alto, al claro donde el objeto se había posado en nuestra Tierra. Los entusiastas que habían señalizado la ruta también marcaron el punto con tres pértigas de madera. Lee había guardado las fotos en el móvil y me enseñó las marcas originales. Me situé en el centro del triángulo de postes. Sentí… algo.

No fue un susurro, no fue el viento. No fueron luces en el cielo ni el sol poniente del otoño. No el espacio, ni el tiempo. Sentí incertidumbre. Sentí que se debilitaba mi anclaje en el mundo. Todo me pareció muy cercano y, a la vez, infinitamente lejos. Vi formas entre los árboles. Vi a los moteros en sus caminos secretos. Me entraron ganas de vomitar. Salí del triángulo. Tenía muy clara en la mente una idea que antes no había estado ahí. Los eventos cuánticos pueden darse de manera espontánea. Y volver a darse. Todo es una probabilidad.

—¿Estás bien?

Puse como excusa la larga convalecencia. Aquel no era el lugar. Pero estaba relacionado con el lugar, entretejido con él.

—¿Hay más historias extrañas de esta zona? —pregunté en el camino de vuelta a la furgoneta.

—Si le das una patada a una piedra, salen cinco.

—¿Alguna que tuviera lugar más o menos durante la Segunda Guerra Mundial?

—¿Estás de coña, tío? —Me habría gustado que Lee me respondiera a alguna pregunta sin cuestionar mi seriedad—. Estamos a menos de diez kilómetros de Shingle Street.

También detestaba aquella costumbre de responder a medias una pregunta para obligarme a formular otra.

—¿Shingle Street?

—El mar se prendió fuego. Cadáveres quemados en la playa. Vaya si fue raro lo que pasó en la costa de Suffolk. Te dirán que no es verdad, que todo son rumores y leyendas urbanas. Así tapan las cosas. Son listos, ¿eh? Ese es el primer nivel de ocultamiento. Luego viene el segundo nivel: que fue un intento de invasión por parte de Alemania y prendieron fuego al mar. Mucha gente se da por satisfecha con eso: quitan la máscara y ven lo que hay debajo. Pero lo que hay debajo es otra máscara, Emmett. La verdad está debajo de esa. La verdad está ahí fuera, como dicen en la serie.

—¿Cómo se puede ver esa verdad?

—¿Para qué quieres verla?

La relación de Lee con la paranoia era tan legendaria como su consumo de maría de cultivo hidropónico. Le dije la verdad. Que estaba buscando a unos viajeros del tiempo. Estas cosas tienen que ser simétricas. Se lo podía decir a quien quisiera, porque nadie lo iba a creer. Ya en la furgoneta, sacó un recibo del supermercado del bolsillo de la puerta y me escribió en la parte de atrás un nombre y un teléfono.

—Habla con él. Es de Shingle Street, nació allí. Lo que él no sepa…

Eri el camino de vuelta a Hirne House, busqué en el teléfono información sobre Shingle Street. El lugar coincidía: los Sandings, la playa de guijarros entre Felixstowe y Aldeburgh. El momento, también: las leyendas sobre Shingle Street databan de 1940.

Había encontrado el punto de partida de mis viajeros del tiempo.

A Lee le surgió una obra, así que Thorn me llevó a Shingle Street. Trajo a los perros. Se lo pasarían bien en la playa. El viaje era de dos horas, y empezaron a gimotear a los diez minutos de ponernos en marcha.

Había investigado el lugar mediante imágenes y mapas, el Street View y varios tableros de Pinterest, la historia oral, la historia falsa y la historia oficial, las teorías de la conspiración y la ficción, fantasmas y leyendas; y, aun así, la realidad me sorprendió. Las palabras y las imágenes no transmiten el crujido bajo los neumáticos de las piedras redondeadas por las mareas cuando entramos en el aparcamiento, el perfume salado y dulce de la hierba, el aire lacerante de puro seco, el entrechocar de un millón de guijarros movidos por las olas. Me sentí expuesto, agorafóbico, bajo un cielo más amplio que el de Lincolnshire, observado por ojos invisibles. En el sur, los rayos de sol asomaban entre los huecos de las nubes. Los faros de Dios. La hilera de viviendas, las casitas de la orilla y la antigua torre Martello playa abajo eran las únicas líneas verticales, y parecían acobardadas en aquel mundo de horizontalidad abrumadora. Me resultaba imposible imaginar que se pudiera conservar la cordura en un paisaje tan implacable. Los perros no saltaron del coche en su habitual estado de emoción. Se quedaron muy juntos, pegados a nuestras piernas cuando recorrimos la playa hacia la Martello, donde íbamos a conocer a Regenbald Howe. Thorn tiró un palo al mar para disipar la inquietud de los perros. Cwen, la mestiza más acuática, correteó angustiada por los guijarros, gimoteó y rehuyó el agua.

Yo nunca había estado en un lugar tan extraño.

Regenbald Howe era del color de la zona, rostro enjuto, la piel como el cuero, el pelo blanco largo recogido con un aro plateado. Era un Jarl de Hilderwic. Llevaba al cuello un guijarro con la runa Ansuz grabada, colgado de un cordón de cuero. Vestía ropa térmica de Decathlon y llevaba un bastón largo, retorcido; según nos dijo, era un pene de toro seco, un objeto ritual de gran poder.

Nos guio más allá de las casas y las costillas ennegrecidas de la posada Lifeboat hasta la torre Martello. Siempre me han fascinado las torres Martello, esa cadena de puestos de vigía que se construyeron a lo largo de la costa de Gran Bretaña e Irlanda en el momento culmen de la paranoia napoleónica, pero nunca había estado dentro de una.

—Yo vigilo un poco por aquí —comentó Regenbald al tiempo que daba un golpecito con el pene de toro en la escalera de metal que llevaba a la puerta, a mitad de la cara a sotavento de la torre—.

Cuando la alquilan, vengo a abrir la puerta.

La decoración era la típica de los refugios de fin de semana para urbanitas: ladrillo recuperado, muebles diseñados para las paredes curvas, escalera de caracol y una cúpula de cristal en la parte superior. Allí nos sentamos en bancos semicirculares para ver cómo noviembre se extendía como una magulladura por el horizonte del este, esperando que nos ofreciera tomar algo caliente. El pene de toro quedó apoyado contra la pared, junto al interruptor. Los perros se tumbaron en la cocina, con las patas para afuera.

—A ver, ¿qué tonterías les han dicho? —preguntó Regenbald.

Le conté las leyendas de la guerra: el mar en llamas; los rumores sobre una invasión alemana fallida, los cadáveres de nazis a lo largo de un kilómetro de playa, con quemaduras espantosas; las luces misteriosas y los sonidos que se escuchaban desde lejos, sobre el mar y los guijarros. La teoría de que el gobierno había llevado a cabo un experimento tan infame que había contaminado hasta las mismas piedras, el mar y el espíritu de Shingle Street, tan horrendo que se había eliminado toda información al respecto, y la que quedó se hizo increíble mediante una campaña de desinformación y rumores.

—¿Y ustedes qué creen? —quiso saber.

Thorn y yo cambiamos de postura, inquietos, y nos miramos.

—Que Shingle Street fue el escenario de un experimento secreto del gobierno sobre viajes en el tiempo que tuvo lugar en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Viajes en el tiempo?

La voz de Regenbald era tan altanera que me sentí como si me deslizara por la escalera de caracol, y me entraron ganas de salir huyendo para que no me juzgara.

—Hemos encontrado… pruebas —dije con voz débil.

—Chappell y Seligman —dijo Howe. Tenía un acento tan amplio y pausado como el horizonte—. Estaban destinados en la base de las fuerzas aéreas en Bawdsey durante la guerra. Era el centro de la red de radares, pero el Ministerio de Guerra llevó a cabo ahí muchos experimentos. No sé nada de viajes en el tiempo, pero sí que había algo que llamaban la Incertidumbre. Ben Seligman era un científico en la división de investigación. Venía del norte, de Manchester. Tom Chappell, en cambio, de los Sandings de toda la vida. Aún

queda gente con ese apellido en Bawdsey. Los Chappell llevaban el *ferry*. Tom Chappell aparece en las inscripciones parroquiales. Lo bautizaron en St. Mary el 12 de junio de 1914. Y en los registros deportivos del instituto, por campo a través. Batió el récord del condado para menores de dieciséis años. El poeta del pueblo.

Estaba tan asombrado que me entró vértigo. Las palabras no bastan para explicar la emoción que me provocaron aquellas verdades tectónicas que chocaban con un clamor de trompetas, la sensación física de ser enorme y diminuto a la vez, como si la aceleración del universo se frenara y al mismo tiempo se precipitara hacia mí.

—Ahora ya puede leer el diario —dijo Howe.

Se sacó de debajo del impermeable un paquete envuelto en tela, lo puso sobre la mesa y fue desenvolviendo la larga tira de muselina. El diario era una libreta blanda del tamaño de un paquete de cigarrillos. Tuve que controlarme para no saltarle encima y abrirlo.

—La familia no lo recibió hasta 1980. Nunca se desclasificó nada de lo sucedido en Bawdsey Manor, pero alguien se lo dejó en la puerta.

—El mismo año que lo de Rendlesham —dije.

Howe hizo una pausa larga antes de seguir.

—La familia no sabía qué hacer con esto. Los Chappell que quedaban en Bawdsey ya eran muy mayores. Las generaciones más jóvenes se habían ido del pueblo. Así que me lo dieron a mí, porque era el último Jarl, guardián de la costa. —Me entregó el diario; lo cogí como si fuera un sacramento—. Le he marcado unos cuantos párrafos que le interesarán.

Thorn se pegó a mí para leer a la vez, pero el librito era diminuto y la caligrafía, minúscula; en la cúpula había muy poca luz. Encendí todas las bombillas de la estancia redonda y empecé a leer en voz alta.

Shingle Street

Ben me llama desde la torre Martello por el teléfono de campaña.

—Ven ahora mismo, Tom.

Qué osadía. Por una línea abierta. Pero este lugar nos ha hecho osados. Osados y vulnerables.

—A la torre.

Todas las motos están en alerta para llevar mensajes a Bawdsey en caso de que fallen las comunicaciones. La Escuadra de la Incertidumbre cree que es muy posible que llegue ese momento. Los campos eléctricos y magnéticos que generan son tan potentes que pueden disrumpir las comunicaciones de radio, hasta las líneas telefónicas. Saco una motocicleta del fondo y la llevo tan a escondidas como puedo hasta la verja, y luego subo por Buckanay Lane. No es que nadie me vaya a prestar atención. Bawdsey lleva una semana inmerso en la locura, en una especie de espíritu vacacional demente, una fiebre del último día. Todo el mundo ha ido ya a ver la barcaza atracada al final de Shingle Street.

Esta noche, única función: ¡Lo verás con tus propios ojos! ¡Abracadabra!

Nadie sabe bien qué esperar, ni siquiera Ben y sus compañeros de la Incertidumbre. Los enviados del ministerio vieron cómo hacía desaparecer un grano de sal. Esto es una barcaza. ¿Se esfumará la barcaza ante nuestros ojos? ¿La rodearán de repente un centenar de barcazas fantasma? ¿Aparecerá su doble en el mar dentro de tres semanas, o quizá dentro de tres años? ¿Todo lo anterior? Bawdsey ha situado observadores a lo largo de treinta kilómetros de costa.

El resultado más probable, el más aburrido, es que no suceda nada.

Ben está con el grupo en la torre Martello de Shingle Street.

Lo veo encender un cigarrillo en la puerta de la torre. Enciendo una cerilla, es la respuesta acordada. Asiente y coge los prismáticos, la cámara, el casco y la tablilla portapapeles. Lo sigo a una de las casas abandonadas de los pescadores.

—Esto es una locura —digo.

—Siempre ha sido una locura —dice Tom—. Ven, corre.

Conozco estas casas desde siempre y he sentido su desaprobación por atreverme a mirar por las ventanas manchadas de salitre. Entrar en ellas es una violación. Todo lo que vi es real. Huelo el moho azul de la hogaza olvidada. Siento el frío de la humedad en el rincón de la cocina donde hay una gotera. Hay un cubo para el carbón y un periódico viejo detenidos en el tiempo, bajo las escaleras.

Tom prepara el puesto de observación en la cocina.

—¿Cómo es que no has traído el hornillo? —dice—. Mataría por una taza de té.

Cojo un momento los prismáticos de Ben. La Incertidumbre no cuenta mucho sobre su compleja teoría. La barcaza está anclada a cien metros de la orilla. Veo el mástil festoneado de cables y antenas. Las formas cuadrangulares que hay en la bodega, ocultas bajo lonas, se ven a simple vista.

Siento un escalofrío de emoción, no solo porque estoy con Ben, sino porque estoy a punto de presenciar el fruto de su trabajo. Me ha explicado una y otra vez la teoría y la práctica, pero para mí sigue siendo un mundo secreto.

—¿El generador está en el barco?

—Es la fuente auxiliar de energía —me explica Ben—. La corriente llega por un cable tendido desde la orilla.

Un bote de madera gris ennegrecida por los años en un mar gris tan plano como una chapa de hierro, cielo gris, piedra gris, gris noviembre. Dos hombres ateridos en una cocina abandonada, esperando su desaparición.

La situación es tan tonta que me empiezo a reír. Ben se contagia y no podemos contener las carcajadas, nos doblamos de risa sobre la mesa de la cocina.

Ben consulta su reloj y pone fin a la hilaridad.

—Dos minutos. Cuenta atrás para la activación.

—¿Tienes idea de lo *sexy* que te pones cuando dices esas cosas?

Me acerco a él. Ben se aparta.

—Tengo trabajo, cariño.

En ese momento, la cocina, la casa, cada guijarro de Shingle Street empiezan a palpitar. Es como un acorde poderoso, bajo, que me sacude hasta la médula de la columna vertebral.

—¿Es la activación?

—Solo el veinte por ciento —dice Ben, y la casa, el suelo que siento bajo los pies, el aire que respiro, palpita con nueva energía.

—Es como si la casa se nos viniera encima.

Cogemos los prismáticos, el portapapeles, los pertrechos de la Incertidumbre, y salimos corriendo. En el exterior, el aire cruel de noviembre chisporrotea de energía. El cielo, la piedra y el mar palpitan al ritmo de una música primaria.

—¿Esto estaba previsto? —grito.

—¡No lo sé! —responde Ben, también a gritos—. ¿No es extraordinario?

No me hacen falta los prismáticos para ver que en la barcaza está pasando algo. Hay fuegos de san Telmo que suben y bajan por los mástiles, las velas, los cables. A su alrededor, el mar parece transparente como el cristal, como si brillara desde abajo. Otras barcazas, espejismos de barcaza, aparecen y desaparecen. Parece que se abren ventanas en el cielo, y por ellas veo lo que solo puedo describir como otros mares, otros cielos.

Ben sube el volumen de la radio.

—Aquí el puesto avanzado en la casa de la costa —grita—. Estamos experimentando fenómenos atmosféricos y eléctricos extraños. Cambio.

Se oye un chisporroteo a modo de respuesta. Ben grita y suelta los auriculares.

—Me parece que no voy a volver a informar a la torre Martello —dice Ben.

Lo abrazo, lo estrecho contra mí. Las sacudidas de energía casi me tiran al suelo. Cada guijarro parece elevarse sobre el terreno, separarse de los demás. Cada brizna de hierba es una chispa de fuego. Cada objeto tiene un halo de luz. El brillo del mar es cegador.

—¡Ochenta por ciento! —grita Ben—. ¡Es magnífico!

T menos 20 segundos según mi viejo reloj de pulsera, aunque ya no me puedo fiar de él, ya no me puedo fiar de nada.

—¡Plena potencia! —anuncia Ben, y me palpitan los huesos con la energía, y veo el interior de todo, de cada célula, de cada partícula. Veo un atisbo de movimiento en la casa, detrás de nosotros. Miro a nuestro alrededor. Nos veo en la cocina. Nos veo de camino a la torre Martello, y en la puerta de la torre Martello. Nosotros.

—Incertidumbre —dice Ben.

Nos besamos y el mar se prende fuego.

Fenland

—Eran amantes —dije—. Amantes condenados por su época. Las mejores historias son historias de amor.

Thorn conducía con concentración intensa. Ya había oscurecido cuando salimos de Shingle Street, solo teníamos un faro y estaba entrando un frente cálido con ráfagas de viento que ponían a prueba el único limpiaparabrisas que aún funcionaba.

—Según todos los relatos, el mar empezó a arder. Llamaradas de trescientos metros de altura. Pero no es más que otra manera de describir lo mismo que Amal vio en Galípoli: al Batallón Perdido marchando hacia una nube brillante. Es lo mismo, un fenómeno que nadie había presenciado antes, que nunca había existido hasta que bajaron la palanca en la torre. No hay palabras para describir lo que vieron. Creían que estaban fabricando un dispositivo de camuflaje, pero en realidad crearon una tormenta en el tiempo… no, mejor dicho, un vórtice en el tiempo.

—Es el Doctor Who, Emmett. Es el puto Doctor Who.

—Es lo mismo que sentí en Rendlesham, Thorn. Es idéntico. No fue una nave extraterrestre, fue el vórtice temporal que volvió a tocar tierra.

Después de leer el diario de Ben Chappell, Regenbald me enseñó las declaraciones de los testigos, los informes personales, las anotaciones en las biblias familiares, las cartas, las leyendas urbanas garabateadas en estancias llenas de corrientes, los comentarios en los grupos de recreación histórica de la Segunda Guerra Mundial, en las cafeterías sucias, en los cuartos de estar con olor a perro mojado, los comentarios que se oían en los rincones de los *pubs*: las historias del día en que el mar se prendió fuego.

La barcaza había desaparecido. Hubo informes sobre la barcaza

en Harwich, en Aldeburgh, en Southwold, en Great Yarmouth, hasta en Cromer y Southend… al mismo tiempo, y la barcaza estaba aguardando, varada en la arena, cuando el quinto de infantería desembarcó en la playa Gold el Día D. Todos los testigos juraron guardar secreto. Todos los testigos perdieron la razón. Todos los testigos murieron. La marea arrastró hasta la playa los cadáveres abrasados. En los días nublados de calma chicha, cuando el mar, el cielo y los guijarros parecen fundirse, se ven figuras que arden, de pie, en el agua, poco más allá de donde rompen las olas. En los días nublados de calma chicha, cuando los elementos se entrelazan, a veces se ve una nube que viene del mar, una nube baja y oscura que va contra el viento, con relámpagos en las entrañas, con el rugido del trueno, aunque hay testigos que dicen que son voces, o los rugidos de un animal espantoso.

Querían volver invisible la nave. Querían hacerla insustancial como un fantasma. Querían abrir un portal a otro universo. Querían abrir una puerta al infierno.

—Querían hacerla incierta en el espacio y el tiempo —dijo Regenbald—. Y lo consiguieron… pero no con la barcaza.

—Pero hay una cosa que todavía no entiendo —casi grité—. El libro. *Tiempo que fue*. Tom debía de llevarlo encima, pero sigo sin entender de dónde salió.

—Emmett…

—E. L. Una especie de mentor. Pero ¿quién fue?

—Emmett, tengo que decirte una cosa.

—Aparece, le da a Tom un libro con sus poemas, se pone en plan Yoda y desaparece.

—Emmett, en serio…

—Thorn, Thorn… ¡puede que haya más de dos viajeros del tiempo!

—Vale, mejor mañana.

No hubo un momento exacto en el que pudiera decir que había empezado a vivir con Thorn. Hubo un momento clarísimo en el que dejé de vivir con ella.

A la mañana siguiente de volver de Shingle Street, mientras tomábamos té y veíamos Homes *Under the Hammer* en la pantalla

grande de la nueva ampliación de la casa, me dijo lo que me había tratado de contar en el coche. Que llevaba seis meses follando con Lee. Con Lee y con todos los miembros de Elder Würm menos Phil, porque le iba un rollo que a ella no le gustaba.

Por eso habían hecho las obras tan deprisa.

Los ingleses florecen en Roma.

La tienda cerraba tarde, pero me quedé hasta tarde. Eché a los lectores, a los que solo entraban para sentarse un rato, a los que iban a charlar, a los que habían quedado allí con alguien, a los viejos que querían descansar y a los que estaban tan inmersos en los libros que habían perdido la noción del tiempo. Antes de cerrar, me aseguraba de que los E. L. tuvieran todos los sistemas de seguridad en orden. Me tenían que avisar de inmediato si alguien preguntaba por el autor. Estaba en su lugar calculado, en la tercera hilera empezando por arriba, en una fila de estantes, tras una pila. Podía vigilarlo desde la caja y también desde la zona de actividades, que eran los lugares de la tienda donde invertía más tiempo.

Mi apartamento era tan pequeño y tan abarrotado de libros como aquellas espantosas habitaciones de Clapham, pero las voces de una ciudad diferente entraban en él y me estimulaban los sentidos: las protestas de los niños, la televisión, las discusiones, la música bailable, los ensayos con instrumentos. Sin duda se trataba de las mismas banalidades, enfados y malentendidos que había oído en Londres, pero en Italia, en Roma, eran el léxico de la vida. Comía a toda prisa: espaguetis con aceite, ajo y guindilla, y un vaso de vino. Luego, volvía a salir. Los lunes, miércoles, viernes y domingos iba al Campogiani. El resto de los días visitaba L'Oasi della Birra. Ocupaba en cada lugar mi mesa habitual, las dos con vistas a la tienda, y bebía vino acorde con el uso de la *wifi*.

Me quedaba allí hasta la una o una y media, y luego dormía hasta que la luz que entraba por las destartaladas persianas me despertaba. Espresso en Linari. De tres sorbos, vigilando la tienda. Siempre con un ojo en la tienda.

Y así día tras día. Ya llevaba dos años y medio.

Había tenido dudas sobre Roma. Me veía más en París, en sus cafés y librerías, paseando por sus calles.

La Sauterelle cerró, y luego cerró Candide, en Bruselas. La era de las librerías generalistas, con serendipias a la espera en rincones que olían a pis de gato y a bolsa de aspiradora, estaba tocando a su fin. Los asesinos éramos gente como yo, con mi tienda en eBay y mi negocio desde el granero de Thorn.

Habíamos llegado a un acuerdo para el negocio y trabajábamos coordinados en redes sociales, pero no éramos amigos y no fui al funeral del abuelo Leland, que murió en diciembre: vagabundeó demasiado lejos, demasiado tarde, descalzo por el camino helado, hipotermia. Se ahogó en el canal Doverhirne.

Tenía mis dudas sobre Roma, pero los ejemplares de París y Bruselas de *Tiempo que fue* pasaron a Testaccio. Fue como una señal. Llegué a principios de otoño, cuando la belleza de Roma es infinita. El sol de otoño me hechizó, me sedujo, me despertó; era un sol bajo, el mejor, el más dulce. Fui a Vivalibri y me dirigí directamente a *Tiempo que fue*, lo cogí y lo llevé a la caja. No había nada dentro. Conté una mentira llena de miedo, maravillosa.

—Ya sé que no me lo puede vender —dije—. *Le istruzioni*. Soy agente de las instrucciones y tengo instrucciones de vigilar los libros y confirmar que llegan a sus destinatarios.

El señor Manzoni abrió los ojos como platos. Luego, se echó a reír ante la mentira descarada. Empecé a trabajar al día siguiente. El sueldo era miserable. No sé quién dijo que es fácil ser pobre en un clima cálido, pero quien quiera que fuera no vivió en Testaccio durante la gentrificación. Si hubiera llegado cinco años antes, habría podido tener una vida frugal pero cómoda, como correspondía a un bibliófilo británico. El cementerio protestante de Via Caio Cestio estaba lleno de ingleses que habían pagado alquileres bajos, desde Keats a Richard Mason. Pero los alquileres estaban por las nubes, y a eso se sumaba el incordio adicional del papeleo *post*-Brexit.

La primera noche, tras echar a los lectores, a los que estaban sentados, a los que querían charlar, a los que habían quedado, a los viejos cansados y a los que habían perdido la noción del tiempo, entré en internet para hacer lo que no había hecho en todos los años que llevaba persiguiendo a Chappell y a Seligman a lo largo de los siglos, lo evidente, lo que había pasado por alto con la intriga del mundo que se había abierto ante mí con la carta de Alejandría:

¿Qué había pasado a continuación?

No me costó averiguarlo.

Un vaso de vino ante el ventanal, un ojo en la librería, *wifi* y los periódicos. En eso también había un ritual. Hay que empezar con los diarios digitales de nivel —*La Repubblica, Corriere della Sera, La Stampa*—, y mover los labios con el esfuerzo del italiano. Se leen los titulares, las primeras páginas, las noticias internacionales. Te documentas sobre Gran Bretaña, ¿aún existe? Con el tiempo, pasas a empezar por los deportes, que en Roma nunca dejan de ser entretenidos, y luego añades los cotilleos de los ricos y famosos. Con más tiempo, dejas los periódicos importantes y pasas a los diarios de la tarde, a las noticias locales. Ahí suele haber tesoros enterrados. Las graduaciones en los colegios, las misas y novenas, las peregrinaciones. La información estoica sobre el fútbol en las ligas inferiores. Las noticias de tribunales, especiadas con la posibilidad de haber visto o escuchado el incidente. Las alegrías de los anuncios clasificados, y también los corazones rotos. Las muertes, los matrimonios, los nacimientos. Los relatos de acontecimientos extraños o sospechosos en lugares remotos, como una rara tormenta en Chipre; un fenómeno de viento, truenos y relámpagos en un valle cerca de Polystipos. Según un sacerdote, duró tres días. Según un criador local de caballos, todos los animales huyeron. «Los olivos y los frutales se echaron a perder», dijo el dueño de una pensión. Un taxista dijo que «se oían voces dentro», y el excéntrico de la zona comentó que «dentro vi la cara del diablo».

La tormenta del tiempo había llegado y, con ella, un viajero.

Le di tiempo. Él tenía que averiguar dónde estaba, cuándo estaba, y descubrir que solo quedaban en el mundo tres puntos de intercambio para recoger o dejar un mensaje, y llegar a ellos. Tarde o temprano vendría a Testaccio y cruzaría la *piazza* en dirección a Vivalibri.

El verano fluyó hacia el otoño.

Estaba comiendo en Linari cuando mi teléfono vibró con las notas de Thomas Dolby. Desde que me enteré de que existía una canción titulada *Cloudburst at Shingle Street*, no hubo más opción

para alertarme de que un viajero había salido del tiempo para entrar en mi librería.

Tazia lo había acomodado en un sillón de cuero de la zona de actividades. Lo estudié desde la otra punta de la tienda. Un inglés de treinta y muchos años, indicios de arrugas ya en torno a los ojos y la boca. Bronceado. Debía de tener mi edad. No había pasado mucho tiempo desde que se tomó la última imagen que tenía de él. La última en su cronología privada, zigzagueante, con una sonrisa en la cara y el brazo sobre el hombro de su amante.

Me morí por dentro.

Tenía cara de querer salir huyendo. Si es que tenía a dónde huir.

Yo llevaba tres años ensayando lo que iba a decirle.

—Tom Chappell —empecé.

Alzó la vista. Y en su rostro vi asombro, pánico, estupefacción… pero, sobre todo, reconocimiento. Me conocía.

El discurso que tenía preparado se evaporó en el aire.

—¿Emmett? —dijo con los ojos muy abiertos—. ¿Emmett Leigh?

La tienda se desplegó a mi alrededor. Los libros salieron volando de los estantes batiendo las cubiertas como alas. Las estanterías se inclinaron como si Roma misma estuviera a punto de caer. Me vi sentado en el suelo, en una rueda de imposibles.

—¿Q-q-qué? —tartamudeé, tal vez.

—*Tiempo que fue* —dijo Chappell.

La gente me estaba mirando. Los lectores, los sentados, los de la charla, los que habían quedado allí, los viejos cansados, los amantes de los libros.

«¡Puede que haya más de dos viajeros del tiempo!», le había dicho a Thorn.

Emmett Leigh. E. L.

Tazia me había incorporado y lanzó una mirada asesina a Chappell.

—¿Te está molestando este hombre? —me preguntó.

—No —dije con voz débil, e hice un ademán hacia la realidad que había más allá de las hileras de libros, de los rostros curiosos y preocupados.

—Yo lo he visto, se ha caído —dijo uno de los viejos.

De pronto el *signor* Manzoni me había puesto una mano en el brazo.

—¿Lo ha empujado usted? —le espetó a Chappell.

—No lo entienden —dije, delirante—. Había más de dos viajeros del tiempo. El hombre del libro. Era yo. Siempre he sido yo.

—El *signor* no se encuentra bien —dijo el *signor* Manzoni.

Entre Tazia y él me ayudaron a llegar a un cuarto reservado para el personal. Chappell me siguió. Tazia le bloqueó el paso con firmeza.

—Tenemos que hablar —dijo Chappell.

—Será mejor que se vaya, señor —replicó Tazia. Su inglés era mejor.

El mundo me daba vueltas y me sentía como borracho mientras el *signor* Manzoni me ayudaba a sentarme. Vi a Chappell escribir una nota apresurada y entregársela a Tazia antes de que esta le cerrara la puerta.

Una hora y un jardín.

En la colina Aventine hay dos jardines. El Giardino degli Aranci es amplio y elegante, con pinos y naranjos que dan buena sombra. Los turistas vienen aquí en manadas para hacerse selfis en el parapeto, con las impresionantes vistas que abarcan desde el Tíber a San Pedro. El Giardino di Sant'Alessio es más pequeño, más tranquilo y recogido, y está junto a la Basílica de los Santos Bonifacio y Alessio. Las vistas son más limitadas, menos espectaculares, y las sombras, menos generosas, pero hay silencio, espacio y tiempo. Paso aquí muchas horas, enclaustrado en el presente para esconderme de un pasado que ahora veo mediocre, vacilante, insignificante. Si muriera hoy mismo, nadie se daría cuenta.

Nos sentamos en un banco de piedra. Pasó una anciana artrítica con un perro diminuto. Una joven con ropa deportiva hizo el saludo al sol desde el parapeto. Dos hombres con chalecos de trabajo de alta visibilidad se sentaron en el banco de enfrente, al otro lado del camino, concentrados en sus teléfonos móviles.

—Me hablaste de este lugar —dijo Chappell—. Los jardines de la Aventine. Uno al que van los turistas…

—Y otro al que van los romanos —terminé.

—Shingle Street, 1937. Noviembre. Hacía un tiempo asqueroso. Cinco días antes de que desaparecieras. No volví a verte.

No se molestó en decir en voz alta el «hasta ahora».

—A mi tío le diagnosticaron un cáncer terminal a los cuarenta y siete años —dije—. Fumaba, fumaba y fumaba sin parar, y el cáncer se lo llevó.

—Lo siento —dijo Chappell.

—Siempre me había preguntado qué sintió cuando el médico le dijo que le quedaban unas semanas de vida. Me parece que ahora lo sé.

En el Giardino di Sant'Alessio, los dos trabajadores se levantaron del banco, saludaron con un ademán y se alejaron haciendo crujir la gravilla rosada bajo las botas sucias de yeso.

Yo era el mentor que le había dado el libro de poemas, los poemas que el Tom de diecisiete años pensó que le hablaban directamente a él, que trataban sobre sus esperanzas, miedos y confusiones. Yo era el que esperaba junto a la torre Martello cuando daba paseos solitarios por la calle de los guijarros. Conmigo intercambió saludos al principio, un par de frases sobre el clima más tarde, charlas sobre la situación del mundo que se fueron haciendo más profundas. Se convirtieron en conversaciones que exploraban las esperanzas, misterios, temores y sueños del muchacho, todo lo que hacía que fuera diferente de los demás chicos de su pueblo.

—Siempre decías: «Viene la tormenta». Hasta en los días más despejados —dijo Tom—. Entonces no lo entendía.

—Te lo podría haber dicho. —Esbocé una sonrisa amarga—. Es un crimen contra el idioma, tengo que buscar una gramática para hablar de algo del pasado que para mí aún está por llegar.

—No, no podrías —dijo Tom, y comprendí las paradojas del tiempo con las que había tenido que vivir. El tiempo se protege a sí mismo. Avisar a Tom habría cambiado lo que fuera que me iba a pasar, lo que me iba a lanzar a las corrientes del tiempo.

Todo volvía siempre a las piedras grises de Shingle Street.

En el exilio de Testaccio había refinado mis teorías sobre viajes en el tiempo. Lo que Ben Seligman y la Escuadra de la Incertidumbre habían intentado en Shingle Street era una

manifestación de los efectos cuánticos en el universo clásico, aplicar el principio de incertidumbre de Heisenberg a un objeto a gran escala entrelazando todos sus átomos en un estado cuántico. Todos los componentes de ese estado específico permanecen conectados, por distantes que estén en el espacio y el tiempo. Lo que afecta a uno los afecta a todos. Lo que Seligman no pudo imaginar era que se verían incluidos en ese estado entrelazado. Tal vez se habían convertido en el estado entrelazado debido a un error en la configuración del sistema. Lo que yo no pude imaginar era que también estaba entrelazado con ellos debido a un evento que aún estaba en mi futuro. Un evento que no podía evitar, tan inmenso y definitivo como la muerte.

El sol brillaba sobre nosotros, en nuestro banco de piedra, viajero del tiempo, futuro viajero del tiempo.

—¿Sabes cómo sucede? —pregunté.

—Es complicado —dijo Tom—. Por un lado, está la línea histórica del tiempo y, por otro, las nuestras. Solo te he visto una vez. Pero puede que nos veamos, no, seguro que nos veremos, una y otra vez a lo largo de nuestras líneas del tiempo. Lo único que sé es que cuando te conocí, cuando te conozca, en Shingle Street, aparentas la edad que tienes ahora.

Así que pronto.

—Fui a Rendlesham —le conté—. Se cuentan historias sobre un ovni…

—Tonterías —dijo Tom.

—Ya lo sé. Fue una especie de reflejo del evento original. Lo noté.

—Resonó por todo el espacio y el tiempo, como si se pulsara la cuerda de una guitarra. Nos vemos transportados por las reverberaciones.

La mujer del yoga terminó el ejercicio, recogió la colchoneta y pasó contoneándose delante de nosotros.

—Tengo miedo —dije.

—La primera vez que salí, sin reconocer el lugar donde estaba, y luego al darme cuenta de que ni siquiera sabía en qué momento estaba, fue aterrador. Ya aprenderás. Hay trucos. Te vas quedando con cosas. Te acabas por volver experto en falsas identidades. Somos como espías. Eso en el terreno práctico. Lo importante, lo

más cierto, es que sé que no estoy solo.

—Tom.

Me miró sobresaltado. Lo había llamado por su nombre de pila, y mi tono había pasado de la aprensión a la ternura.

—Te tengo que dar una cosa.

Desde que me enteré de la tormenta del tiempo, había llevado en el bolsillo del pecho la carta de Alejandría. Se la entregué.

—La encontré en los saldos de The Golden Page.

La leyó, la dobló, se la quedó entre las manos.

—En mi línea temporal la escribí hace solo unas pocas semanas. Volé a Malta y luego fui en barco a Londres. Casi me esperaba encontrarme The Golden Page bombardeada y reducida a escombros. Pero allí seguía. Allí seguía la iglesia de Cristo, la de Hawksmoor. Es un lugar fuerte. El tiempo no la afecta. Protege Spitalfields. Dejé el libro y la carta, y esperé. La guerra es la gran incertidumbre. Luego sentí el tirón… Ya verás cómo es. Es una especie de electricidad en el cerebro, una mano que te coge el corazón, que tira de ti. A la próxima, pensé. Está muerto, ¿verdad?

—Sí. Lo siento.

Tom se quedó quieto, muy erguido, con las manos sobre los muslos, contemplando Roma.

—Siempre ha sido mi peor temor —dijo tras un largo rato de silencio—. A veces no nos encontrábamos, y siempre estaba ahí esa idea aterradora, que el otro hubiera muerto. ¿Qué sucedió?

—Los aviones torpederos italianos atacaron y hundieron el Carmarthen Castle a ciento treinta millas al norte de Argel. A bordo iban dos mil quinientos hombres. Solo sobrevivieron quinientos doce.

Otro silencio. Supe que Tom solo podía ver aquel barco que se alejaba de los brazos del puerto hacia un dolor indescriptible, inexpresable.

—¿Queda alguna esperanza?

—Hay una lista de supervivientes.

—Y él no está.

—No. Nadie lo supo durante muchos años. Décadas. El Ministerio de Guerra prohibió que se divulgara la información para que no afectara a la moral.

—Ese amor británico por los secretos —escupió Chappell de

repente—. Idiota, idiota, idiota. Qué manera tan idiota de morir. —Alzó la vista hacia el toldo que formaban las copas de los pinos—. Adorábamos esta ciudad. Vinimos aquí en 1944, tras la liberación. No te imaginas cómo era esto. Las calles estaban desiertas. Fuimos a San Pedro. El papa seguía dirigiéndose a los fieles los domingos. En esos tiempos el Vaticano era como una burbuja en el tiempo. Roma entera era como un agujero en la guerra. Era extraño y era mágico. Subimos aquí. ¿Cómo no iba a subir? A veces me pregunto si Ben sentía que iba caminando por tus huellas.

—Yo iba caminando por las suyas.

—Nuestras vidas se cruzarán. Lo sé. Lo veré; en el Rialto en 1918, en las murallas de Kalemegdan en Belgrado en 1993. Saigón, 1969, desde lejos en un bar. No le diré nada. No le puedo decir nada. Ni siquiera puedo permitir que me vea.

Sacó la carta de su chaqueta y la desdobló con cuidado.

—Es como si aún viera las luces del Western Harbour. El sonido de las explosiones se oía desde lejos, me llegaba desde El Alamein. El lago hacía que el sonido se comportara de manera muy extraña. La noche era tan tranquila que se oía el ruido del motor de los botes cuando ya se habían perdido de vista. Qué poco tiempo, ¡qué poco tiempo!

La anciana estaba saliendo por la puerta de la verja con su perrito. El jardín era todo nuestro.

—No me dejes —pidió Chappell, y acercó la mano a mí sobre la piedra cálida del banco. Se la cubrí con la mía. No podía dejarlo. Éramos dos hombres extraviados, afligidos, los hombres más solitarios del universo. Estábamos entrelazados.

Vi figuras entre los árboles en Rendlesham. Me vi a mí mismo en mil pedazos, fragmentado en el tiempo. Nódulos, ecos, resonancias que recorren la línea temporal. Yo había tocado un eco, me había bañado en el fulgor que quedó tras el evento de Shingle Street, cuando Ben Seligman y su Escuadra de la Incertidumbre pusieron en contacto el mundo cuántico de la probabilidad con nuestro mundo de espacio discreto, de tiempo diferenciado.

Entre los árboles y surcos de bicicletas de montaña tuve una visión, y lo comprendí: los eventos cuánticos pueden ocurrir y

volver a ocurrir de manera espontánea. Todo es posible.

Tengo miedo. Pero no estaré solo.

Todas las mañanas repaso mi equipo. Cabe entero en una bolsa de cuero. De cuero. Los plásticos, las fibras artificiales, van a contracorriente en la historia. Zapatos clásicos de piel. Un sombrero intemporal. Ropa para la lluvia. Saco de dormir, cerillas. Tengo que conseguir un saco de dormir de fibra natural. Penicilina y otros antibióticos sin receta. Comida en lata, pastillas potabilizadoras, una navaja multifunción. Un costurero pequeño. Un par de monedas de oro escondidas en el forro de la bolsa. Dos relojes: uno para saber la hora y otro para vender. Joyas. Anillos, bisutería, cualquier cosa que brille. Riqueza de la que se lleva puesta.

No soporto verme con joyas. Me consuelo pensando que, en algún lugar, tal vez en esta misma ciudad, tal vez en una docena de ciudades dispersas por toda Europa, mis joyas llevan más de un siglo atrayendo el interés, en esos bancos discretos y en las instituciones financieras que prestan dinero sin alboroto.

Ese concepto, que tal vez estoy en el mismo mundo que mi dinero y no lo sé, que tal vez siempre lo he estado, me provoca un nudo en el estómago. Puede que sea millonario sin saberlo.

Libros. Un par de ellos. Los libros pesan mucho, y provocan preguntas. ¡No puedo viajar sin libros!

Me pasé días angustiado ante las pilas y estantes. Al final, me decidí por una edición ilustrada de Blake y un Heródoto. Los mejores libros son los que aún no he comprado, los que compraré en la historia. Libros baratos que el tiempo vuelve ricos. Le tengo echado el ojo a una primera edición de Ulises, y sé dónde la voy a encontrar.

En la historia. La emoción y el terror que me provocan esas palabras es inexpresable. No es estudiar la historia, ni hablar de historia en un foro o en una página de Facebook, ni leer sobre historia, ni siquiera tocarla en forma de diarios, fotos, archivos, experiencias de primera mano, como las cajas de Thorn llenas de la cómoda guerra de su *bisgrís*. En la historia. En contacto con ella. Es aterrador. El momento de la tormenta está cada vez más cerca. No hay manera de esquivarla, de evitarla, de negociar con ella.

Cosas de mi equipaje de viajero en el tiempo que yo no metí pero que van incluidas: El miedo. El desarraigo. La aventura. La esperanza. Esto no es mi hogar. Siento el calor, saboreo lo que sale por el tubo de escape de los coches, huelo las grasas con las que se cocina y me llegan los perfumes. Escucho las voces, el sonido del tráfico, la radio y el sonido de las vespas, las sirenas. Me empapo de la piedra calcinada por el sol, del color de los azulejos, del azul del manto de la virgen en la hornacina de la esquina de Via Aldo Manuzio; conozco el tono de la luz, la calima, las nubes, pero no son míos. Preparo espaguetis con aceite, ajo y guindilla, y bebo el café de tres sorbos. Hablo sobre fútbol, política y escándalos locales en el bar, pero no es mi lugar. Nunca he estado en mi lugar. Y nunca lo estaré. Siempre he sido y seré el inglés, extranjero, diferente, aparte. Esto no es mi hogar. Los Fens no eran mi hogar. Clapham era un tugurio muy caro, nunca un hogar.

Luego intento ir más allá de las seducciones del mundo de los sentidos, centrarme en una electricidad concreta, en un cosquilleo en el mundo, una sintonía de mi cuerpo con la realidad que subyace a esos mismos sentidos. Trato de entrelazarme. Tom me dijo que lo reconocería, y ahora lo entiendo. Las tormentas veraniegas golpean las tejas, pero no son más que electricidad. No es el momento, no es el lugar. El lugar será Shingle Street, y pronto, creo que pronto. Estaré allí y captaré uno de los ecos que reverberan por el tiempo. Las puertas de la historia se abrirán y me arrastrarán hacia ellas.

Aún no. Todavía no. Me falta meter una última cosa en la bolsa. Una libreta, de buena calidad, con tapas de piel exquisita y páginas de vitela color crema que aceptan igual la tinta que el lápiz. La libreta está en blanco, pero sé el título.

Veo los relámpagos sobre la ciudad, cojo la pluma y escribo en la primera página: *Tiempo que fue*.

IAN MCDONALD (Manchester, Inglaterra - 1960). Es un escritor de ciencia ficción y fantasía galés-irlandés. Hijo de madre irlandesa y padre escocés, en 1965 se mudó junto a su familia a Irlanda del Norte. Sus novelas y cuentos a menudo hacen referencia a la situación en Irlanda del Norte, y hacen mención a los conflictos periódicos entre dos poblaciones con diferencias religiosas de origen. En *Sacrifice of Fools* por ejemplo, relata los conflictos que se producen con la llegada de extraterrestres. En 2004, su novela *River of Gods* recibió el Premio BSFA, que además le valió una nominación para el Premio Hugo a la mejor novela. En 2007, vuelve a ganar el Premio BSFA por la novela *Brasyl*, la que recibe una nueva nominación al Premio Hugo. Su novela corta *The Djinn's Wife* ganó el Premio Hugo al mejor relato en 2007, además de recibir nuevamente un Premio BSFA. También ha recibido dos Grand Prix de l'Imaginaire por las traducciones de sus novelas *King of Morning, Queen of Day* en 2009 y por *River of Gods* en 2011.